

PEQUEÑA RAPSODIA HÚNGARA. LA CONFESIÓN BURGUESA DE SÁNDOR MÁRAI Y OTRAS NARRACIONES DE LA VIEJA EUROPA¹

Al professor Octavi Fullat i Genís, nascut el 1928, mestre-pensador de tota una generació intel·lectual, en ocasió del seu norantè aniversari, esdevingut el 12 de gener de 2018. Amb reconeixement i estima per les seves paraules i pensaments, expressats sempre lliurement, que ens acompanyen i esperonen en la nostra reflexió i treball universitari, perquè gràcies al seu magisteri sabem que vivim en un món emparaulat.

CONRAD VILANOU TORRANO

Universitat de Barcelona

RAQUEL CERCÓS I RAICHS

Universitat de Barcelona

RAQUEL DE LA ARADA ACEBES

Universitat de Barcelona

243

RESUMEN: En este artículo se aborda la confesión burguesa de Sándor Márai (1900-1989) para analizar la trayectoria de la historia contemporánea de Hungría. Vinculado al Imperio austríaco, el reino apostólico de Hungría fundado en torno al año 1000 selló el compromiso (*Ausgleich*) de 1867 con Austria, que comportó la doble capitalidad del imperio entre Viena y Budapest después del fracaso de la revolución de 1848. Además, aquel compromiso favoreció la participación de la burguesía en la construcción de la moderna Hungría, a través de un proyecto liberal que implicó el fomento de la magyarización. Ahora bien, después de la desaparición del Imperio austrohúngaro, se produjo la firma del tratado de Trianón (4 de junio de 1920) que redujo ostensiblemente la geografía húngara y sumió al país en la pobreza. Por último, y durante el período 1938-1948, se consumó el fin de la Hungría liberal, que fue asfixiada por el nazismo y el comunismo soviético.

PALABRAS CLAVE: Hungría, Europa, Márai, burguesía, literatura, ideales de formación.

¹ La investigación que ha dado lugar a estos resultados ha sido impulsada por RecerCaixa.

**Small Hungarian Rapsodia.
The bourgeois confession of Sándor Márai and other
narrations of the old Europe**

ABSTRACT: This article deals with the bourgeois confession of Sándor Márai (1900-1989) to analyze the trajectory of the contemporary history of Hungary. Linked to the Austrian Empire, the Hungarian Apostolic Kingdom founded around the year 1000 sealed the commitment (*Ausgleich*) of 1867 with Austria, which involved the double capital of the empire between Vienna and Budapest after the failure of the 1848 revolution. In addition, that commitment favored the participation of the bourgeoisie in the construction of modern Hungary, through a liberal project that involved the promotion of magyarization. However, after the disappearance of the Austro-Hungarian Empire, there was the signing of the Treaty of Trianon (June 4, 1920) that ostensibly reduced the Hungarian geography and plunged the country into poverty. Finally, and during the period 1938-1948, the end of liberal Hungary was consummated, which was suffocated by Nazism and Soviet communism.

KEYWORDS: Hungary, Europe, Márai, bourgeoisie, literature, ideals of formation.

No hay duda de que entre los escritores húngaros más reconocidos destaca el nombre de Sándor Márai (1900-1989), «nacido en una familia burguesa de las Tierras Atlas» (Márai, 2016c, p. 137). En concreto, nuestro protagonista vino al mundo en Kassa, una ciudad de 40000 habitantes con una activa burguesía local, que entonces formaba parte del Imperio austrohúngaro y que ahora está integrada en la República Eslovaca (Kosice). Ferenc Oliver Brachfeld en el prólogo a la traducción de *A la luz de los candelabros*, obra que hoy conocemos con el título de *El último encuentro*, comenta que Márai –cuya suerte en aquel entonces, en medio de la posguerra, se desconocía– «se sabía oriundo de la minoría nacional del norte de Hungría, sobrino del gran catedrático de Derecho, universalmente famoso, Béni Grosschmidt...» (Oliver Brachfeld en Márai, 1946, p. 8-9).

Cuando fueron publicadas estas palabras, en el mes de febrero de 1946, la producción literaria de Márai era escasamente conocida en España, si bien había aparecido una primera versión de *Los rebeldes* (1930), libro que, si damos crédito a Oliver Brachfeld –un intelectual húngaro afincado durante años en Barcelona, adonde llegó siguiendo el rastro de la reina Violante– desencadenó una viva polémica en Hungría hasta el extremo de ser atacado tanto por la derecha como por la izquierda. Por lo demás, la edición de esta obra sobre cuatro jóvenes que finalizan el bachillerato en la vigilia del estallido de la Gran Guerra, consagró a Márai como un excelente escritor que se distinguió por defender la libertad en una época de profunda crisis,

cuando la burguesía liberal –a la que pertenecía por formación y convicción– se encontraba acechada por las posiciones radicales de ambos lados del abanico político-ideológico. Una burguesía, además, que había empezado a retroceder en 1918 y que acabó por sucumbir en el lapso de tiempo que va desde 1938 –fecha de la anexión de Austria por el III Reich– hasta la primavera de 1947, cuando la suerte magiar quedó ligada al bloque comunista. Aquellos diez años, los del período entre 1938-1947, liquidaron las ilusiones y proyectos de la Hungría liberal, surgida del compromiso de 1867.

Vistas así las cosas, cobra mayor relieve el hecho de que ediciones Destino –próxima a los ambientes aliadófilos– diese a conocer al público hispano aquella primera traducción de *El último encuentro*, eso sí, con un título bien diferente, *A la luz de los candelabros*, según una versión bastante literal del original en lengua húngara *A gyertyak csonkig egnek* que había aparecido en 1942, cuatro años antes de que Oliver Brachfeld concluyese aquella primera transcripción al castellano. Y ello sin perder de vista que otros títulos, no solo de Márai sino también de otros escritores húngaros como Lajos Zilahy, Ferenc Körmedni, Zoltán Nagyivanyi, Miklós Surányi, Cécile Tormay, Rezső Török, László Dormandi, George Tábori, etc., fueron igualmente traducidos durante los primeros compases del franquismo. No olvidemos que en aquel contexto apareció una colección de «Novelas húngaras», en el marco de la Editorial Victoria de Barcelona, bajo la dirección de F. Oliver Brachfeld, lo cual confirma el interés del público lector hispano por la literatura magiar. Hoy algunas de las traducciones de Oliver Brachfeld han sido recuperadas por la editorial Funambulista, que las ofrece con revisiones y «sin las supresiones de la censura franquista».

Sin embargo, parece evidente que esta presencia de la literatura magiar se diluyó al caer Hungría bajo la órbita de la URSS en 1947. Con todo, lo cierto es que aquellas primeras versiones circularon durante años en España y así, en 1966, salió de la imprenta la tercera edición de *A la luz de los candelabros*, publicada por ediciones Destino. Huelga decir que una vez desaparecido el telón de acero, término que Márai atribuye a Churchill, se produjo su redescubrimiento literario. No cuesta mucho esfuerzo deducir que la desaparición del muro de Berlín en 1989 favoreció el interés por la literatura centroeuropea, que había quedado orillada durante años, y así, a partir de fines de la década de los años noventa, se volvieron a editar las obras de literatos húngaros como Márai y Zilahy, que habían gozado de gran predicamento en las décadas anteriores pero que la transición democrática española postergó probablemente por no

tratarse de autores marxistas. No en balde, el mundo editorial español a partir de 1968 también se vio afectado por una especie de autocensura –muy diferente a la establecida por el régimen franquista– pero que dejó su huella en el catálogo de las editoriales que se abrieron a corrientes como el freudo-marxismo, el anarquismo, el estructuralismo y el nihilismo nietzscheano, con lo que los autores de significación burguesa como Zweig, Roth y Márai –son solo tres nombres a guisa de simple muestra– fueron tildados de conservadores, cuando no de reaccionarios, de una manera un tanto burda e injusta. Desgraciadamente, Sándor Márai se suicidó el 22 de febrero de 1989 en los Estados Unidos, donde se había exiliado, pocos meses antes de que cayese el muro de Berlín el 9 de noviembre de aquel mismo año.

Hungría es Europa

Aunque no se trata del objetivo central de este artículo, podemos añadir que Lajos Zilahy –en un esfuerzo que recuerda al de Márai– también da cuenta y razón del itinerario de la clase dirigente húngara, que vivía anclada en el sistema aristocrático-feudal desde hacía siglos, una nobleza que nunca había pagado impuestos. En este sentido, Zilahy recurre a la trayectoria de los Dukay, una familia noble magiar cuyas peripecias entre 1814 y 1953 se describen en tres volúmenes: *El siglo feliz*, *Crepúsculo cobrizo* y *El ángel del odio*. En este trabajo fijamos la atención en el último título, que narra la historia de Hungría desde la Primera Guerra Mundial hasta el momento en que se convirtió en un país satélite de Moscú, con lo cual se puede dibujar un paralelismo entre las crónicas y memorias de ambos autores, esto es, la literatura de Sándor Márai (1900-1989) y Lajos Zilahy (1891-1974). Ahora bien, merece la pena destacar que, al debilitamiento de la nobleza húngara que se inició en 1867 con la firma del compromiso entre Budapest y Viena, hay que agregar que la burguesía magiar que lideró el protagonismo de la nación a partir de aquel momento entró en una fase de crisis después de la Gran Guerra que se agravó hasta la desaparición en el período 1938-1948. Bien mirado, esta coyuntura se agudizó todavía más, si cabe, cuando el nazismo marcó los designios magiars que, después de la Segunda Guerra Mundial, quedaron supeditados a la órbita soviética, jalonada por tres fechas fatídicas, a saber, 1945, 1948 y 1956. En efecto, la primera tuvo lugar en febrero de 1945, momento en que las tropas del Ejército Rojo tomaron Budapest y, a continuación, todo el país. Poco más tarde, en 1948, el líder del Partido de los Trabajadores Húngaros,

Matías Rákosi, proclamó la República Popular de Hungría transformándose así en un estado satélite de la URSS y, por último, en octubre de 1956 se produjo el despliegue de los tanques soviéticos por el territorio, intervención militar que frenaba en seco la salida del Pacto de Varsovia (1955).

En otro orden de cosas, tampoco podemos olvidar que Hungría atesora una larga trayectoria católica, vinculada a la dinastía de los Arpados y, más concretamente, al rey Esteban (997-1038), según la tradición coronado en la Navidad del año 1000 por el papa Silvestre III, que aseguró la cristianización del país magiar (Mindszenty, 1989, p. 137). Sobre esta base cristiana se desarrolló la historia de Hungría que presentaba una estructura agraria casi feudal, merced a un sofisticado sistema de castas censurado por Márai, hasta bien entrado el siglo XIX. Desde luego, la burguesía húngara intentó establecer un nuevo orden social y político, pero fracasó en el intento después de los conatos revolucionarios de 1848 y 1849 que fueron sofocados por los austríacos. Más adelante, y gracias al compromiso (*Ausgleich*) de 1867, se inició una nueva etapa que marca el comienzo de la era liberal, de una modernidad burguesa que había de renovar la Hungría atávica anquilosada en el pasado (Casals, 2003, p. 31). «El 17 de febrero de 1867 se restableció en Hungría la Constitución de 1848, y el 8 de junio Francisco José I fue coronado rey apostólico del país» (Johnston, 2009, p. 769).

Desde un punto de vista económico, el compromiso austrohúngaro supuso que el gobierno de Viena aceptase una política liberal que favoreció las exportaciones húngaras de cereales, con lo que se rompía «la unidad económica de la antigua monarquía» de naturaleza proteccionista, con cargas aduaneras (Morazé, 1965, p. 273). En aquel contexto, el Imperio austrohúngaro optó por la doble capitalidad, circunstancia que favoreció la unión en 1873 de Buda y Pest, con sus balnearios urbanos, aunque como señala William M. Johnston era una «capital moderna para una nación semifeudal», a la vez que apostilla que «en gran medida fueron los judíos que se habían integrado en el conjunto social los que hicieron posible que Budapest pasase de mero centro de intercambio de bienes a metrópoli industrial y financiera» (Johnston, 2009, p. 786). Pero aquel esplendor que se dio a partir de 1867, gracias al desarrollo burgués, recibió un duro golpe con la derrota imperial en la Gran Guerra.

Por eso, Hungría se convirtió en un reino apostólico sin monarca, a pesar de las pretensiones fallidas de Carlos IV, el último emperador que sucedió en 1916 a Francisco José, después del atentado del 28 de junio de 1914 que costó la muerte del heredero, el archiduque

Francisco Fernando de Austria. Aquel magnicidio desencadenó la Primera Guerra Mundial y obligó a que Carlos IV de Hungría renunciase el 11 de noviembre de 1918 al trono de aquel imperio dual, alrededor de cuyo escudo aparecía la inscripción «Indivisibiliter ac inseparabiliter», esto es, indivisible e inseparable. Tampoco está de más anotar que Carlos IV, el último emperador destronado del imperio austríaco, intentó asumir las riendas del reino de Hungría, con un par de golpes de efecto –con el episodio de una fugaz batalla militar– que tuvieron lugar durante el año 1921 hasta que pudo escapar por vía fluvial hasta instalarse en la isla de Madeira, donde reposan sus restos mortales. Según se puede leer en *El ángel del odio*, en otoño de 1921 el rey Carlos IV de Hungría, hoy beatificado, después de regresar secretamente del destierro, imploró del regente Miklós Horthy el trono húngaro, «ofreciéndole en vano el Toisón de Oro y el título de Príncipe de Otranto» (Zilahy, 2011, p. 376).

Pues bien, la caída del imperio y la consiguiente firma del Tratado de Trianón (4 de junio de 1920) acarrearón la pobreza para muchos húngaros que se plantearán la vía de la emigración hacia los Estados Unidos, tema que Lajos Zilahy desarrolló en *El alma se extingue* (1932). La falta de oportunidades para la juventud húngara después del desastre bélico hizo que muchas personas cruzaran el Atlántico, con la ilusión puesta en un pronto regreso después de atesorar una pequeña fortuna. En un orden de cosas similar, Zilahy describe en *La ciudad vagabunda* (1939) la suerte de la minoría magiar que fue obligada a abandonar Transilvania, anexionada a Rumanía, para vivir durante meses en miles de vagones de ferrocarril que ocupaban las vías de la estación oeste de Budapest. Además, la marcha de los ciudadanos húngaros fue acompañada de los maestros de modo que la instrucción pasó a impartirse en rumano. A raíz de aquel tratado, Hungría perdió dos tercios de su superficie, unos cuantos millones de habitantes y el retroceso de su lengua que, a fuer de ser sinceros, se había impuesto a otras minorías étnico-lingüísticas del imperio.

Mientras tanto, Budapest que se embelleció para acoger la Exposición Universal de 1896 –y a la vez había de conmemorar el milenio de la fundación de Hungría– padeció un problema de sobrepoblación con el consiguiente encarecimiento del precio de la vivienda. Después de la Guerra (1914-1918), y por razón de las deportaciones de los territorios perdidos por la paz de Trianón, la población de Budapest aumentó en ochocientos mil almas, hasta alcanzar la cifra de un millón ochocientos mil habitantes, con los correspondientes problemas de hacinamiento e higiene, acrecentados con la epidemia de gripe española de 1918.

Puede decirse que Márai y Zilahy comparten un mismo destino, si se tiene en cuenta que decidieron abandonar su país después de que Hungría cayese del lado soviético de una manera inicua, al ser barrido en 1947 el gobierno de coalición elegido democráticamente, situación que empeoró en 1948, con el decreto de «nacionalización» de la industria que ponía fin a la iniciativa empresarial en provecho de una economía de estado. A decir verdad, únicamente Checoslovaquia eligió por sufragio democrático la opción del comunismo, circunstancia que no se dio en Hungría. En vista de ello, autores como Márai y Zilahy, poco afines al régimen comunista por sus convicciones liberales, emprendieron el camino del exilio, al no poder contar con el apoyo de sus editores que también fueron perseguidos.

Si bien nos centramos en la obra de Márai, tampoco dejamos en el tintero la figura de Zilahy, «escritor húngaro y universal» según Andrés Révesz, cuya obra ya fue recopilada hace unos años en tres extensos volúmenes por Plaza & Janés, y que hoy goza de nuevo de gran aceptación entre los lectores españoles. Ya en 1945, F. Oliver Brachfeld elaboró una biografía, a la vez que comentaba la autobiografía de Zilahy, una obra que apareció con el título de *La vida de un escritor* (Zilahy, 1945). Ambos autores, Márai y Zilahy, escribieron en húngaro, una lengua minoritaria de origen uralaltaico, instalada en Europa Central, donde el alemán –que Márai escribía perfectamente– se había convertido en una especie de lengua franca. De un modo significativo, Márai insiste –una y otra vez– en afirmar la importancia del idioma magiar, convencido de que una nación –como Hungría– «comienza con la Literatura» (Márai, 2016a, p. 125). En las mismas páginas de sus *Confesiones de un burgués* hallamos la siguiente aseveración: «Un escritor no tiene más patria que su lengua materna» (Márai, 2016a, p. 421).

A este respecto, en *¡Tierra, tierra!* encontramos afirmaciones que confirman la importancia de la lengua en la génesis de la patria húngara, al constatar el milagro de que «en Europa una pequeña lengua de tierra asiática se convirtiera en cultura» (Márai, 2016c, p. 278), lo que constituía una especie de anomalía en medio de Europa. «Un inglés, un francés, un italiano o un alemán nunca podrán comprender lo que significa ser escritor en el mundo cuando se escribe en la lengua de un pueblo aislado y solitario» (Márai, 2016c, p. 397). Es un tópico recurrir, pues, a la conexión entre la lengua y la patria húngara, quizás debido a la dificultad que entraña esta lengua de origen urálico que, como señala Zilahy, no tiene parientes en Europa, en razón de las diferencias de «la conjugación y la declinación

húngaras de las de las demás lenguas europeas» (Zilahy, 2010, p. 233).

En otros términos, la combinación entre lengua y literatura genera un universo cultural que no interesó demasiado a la nobleza magiar, pero que sí fue objeto de protección y promoción por parte de la burguesía que desde 1867 asumió las riendas del país, a sabiendas de que «el idioma húngaro seguía careciendo de palabras» (Márai, 2016c, p. 141). A la larga, y sobre esta base de la lengua, la literatura y la música magiara, vivificadas por las orquestas cingaras y la investigación etnomusical, se articuló una cultura que propició que la burguesía pudiese cultivarse intelectual y espiritualmente y que, por tanto, diese sentido a sus ideales de formación que la habían de homologar con las restantes burguesías europeas. Con ello, se pone de relieve el interés de Márai por negar el carácter germano y eslavo de Hungría que lucha denodadamente por alcanzar una independencia, no solo política –reconocida parcialmente en 1867– sino también lingüística en medio de aquella Centroeuropa, que define con los siguientes términos:

250

«el lugar donde nosotros habíamos nacido, crecido y sido educados, esa “Europa Central” que se entrelaza de forma orgánica con la otra Europa, pero que sigue siendo tan diferente y tan misteriosa que los Rothschild se preguntaron en su día si valía la pena construir una línea ferroviaria para llegar hasta allí» (Márai, 2016a, p. 240).

Es fácil comprender que Márai se refiere a una Europa Central, la «otra Europa» descrita por Czeslaw Mislosz, en un libro que se ha convertido en un clásico y que evidencia que el expansionismo no fue únicamente un fenómeno alemán y ruso, sino también polaco. De acuerdo con el esquema de Márai, Europa puede ser vista como una unidad que posee tres grandes polos de atracción. Uno en Occidente, encabezado por París, otro en Europa Central con la capitalidad bicéfala de Budapest y Viena, y un tercer elemento germánico que se estructura igualmente a través de una realidad dual. En efecto, Alemania ofrece también dos caras, a saber, una culta y cosmopolita con ciudades como Weimar, Leipzig y Frankfurt, y la otra prusiana, disciplinada y militarista que amenaza, con su expansionismo germánico, una Europa Central que también fue disputada por el paneslavismo mesiánico rusosoviético. Ahí radica, justamente, el destino trágico de Hungría que, a pesar de todos los avatares, intentó mantener su propia identidad en medio de múlti-

ples tensiones geopolíticas, que han comportado implicaciones de diverso signo, en especial, culturales.

Se constata así que para aquellos escritores magiares como Márai y Zilahy, la lengua –y por tanto, la literatura– se convirtió en una manera de hacer política, al propiciar el establecimiento de un mercado, con sus editoriales, prensa y lectores, que contribuía a que la burguesía húngara tomase conciencia de su papel histórico y de su responsabilidad social al sostener a una clase literaria que necesitaba crear un idioma culto, más allá del utilizado por las primeras tribus que poblaron aquellas tierras alrededor del año mil. Se comprende entonces que la lengua –y, por consiguiente, la literatura– fuera un elemento civilizador de primer orden para aquellas tribus orientales que llegaron hasta Hungría buscando pastos para su ganado. Eso significa que se debía configurar un idioma moderno que tenía que preocuparse no únicamente de la literatura, sino también del pensamiento, ya que Márai –consciente de que vivimos en un universo «empalabrado»– sostiene que «una idea necesita de palabras: sin palabras no puede haber intercambio, solo puede haber un cosquilleo en la conciencia, parecido a un hormigueo en la piel» (Márai, 2016c, p. 142). Mientras la nobleza húngara, que durante siglos aceptó sin reservas un sistema injusto de castas y servidumbres, no mostró interés excesivo por la cultura, la burguesía sí que asumió su responsabilidad en orden a la defensa del saber vehiculado en lengua magiar. En el caso húngaro, pues, lengua, pensamiento y política constituyen un todo orgánico, cosa que Márai reconoce en diversos lugares de su extensa obra. Sin ir más lejos, en *¡Tierra, tierra!* manifiesta que «escribir es una labor orgánica; de otra manera, carece de sentido y se vuelve inmoral» (Márai, 2016c, p. 403).

Está claro que «para el húngaro –escribe Révész– la política es inseparable de la literatura» (Zilahy, 1965, p. XIX). De hecho, la literatura sirve para dar forma al pensamiento, a una cosmovisión que –en el caso de Márai– se caracteriza por su vocación burguesa de profundas convicciones liberales que se encauza literariamente. «El ser humano –escribe Márai– es un animal dotado de palabra. Ese animal se hace hombre en la medida en que es capaz de expresar sus pensamientos» (Márai, 2016c, p. 424). En consecuencia, la palabra, el idioma, en manos de la burguesía, se convierte en una instancia de afirmación nacional, sin olvidar su ligazón con la historia continental, con la tradición humanista europea. De ahí, el interés de las familias burguesas por dotar sus hogares de bibliotecas bien surtidas, con presencia de autores húngaros y extranjeros, no como un simple decorado sino como una realidad viva (Márai, 2016c, p. 150). Al fin

y al cabo, Márai conocía el nexo que existe entre las palabras y las ideas, entre la literatura y el pensamiento, entre la lengua y la política, con lo cual adquirió una conciencia magiar que, en manos de la burguesía liberal, debía incorporarse al gran motor de la modernidad que representaba la cultura europea de fines del siglo XIX y comienzos del XX. En definitiva, la libertad –una demanda burguesa– aparece como la garantía de que la literatura y el pensamiento puedan crecer sin cortapisas, cosa que no sucedió en Hungría bajo el yugo del totalitarismo, primero del nazismo y después del comunismo.

Por su parte, Claudio Magris –en su clásico estudio sobre el Danubio– deja constancia de que en Budapest, Europa no existe únicamente en los cafés sino también en el pensamiento (Magris, 2009, p. 398). Aunque la filosofía húngara cuenta con nombres de relieve como los de Georg Lukács e Imre Lakatos, no es menos cierto que la literatura ha sido uno de los vehículos utilizados por los intelectuales magiares para dar cuenta y razón de sus ideas, sobre la base de que el pensamiento se da siempre «empalabrado». Así pues, no solo recurre a la fuerza de los poetas sino también a la de periodistas y novelistas, es decir, a todos aquellos que han buscado palabras para construir libremente frases, discursos y narrativas. Además, al tratarse de una literatura minoritaria, los escritores húngaros se vieron obligados a escribir en la prensa y así adquirieron la condición periodística. Para Márai el ser humano es un *Homo loquens*, dotado de palabra, y gracias a ella puede cimentar un mundo que –en su caso– fue el de la Hungría liberal y moderna, producto del quehacer de la burguesía culta y progresista, que quedó colapsada por la dinámica histórica a partir de 1918 y, sobre todo, después de 1938.

Sabido es que el gobierno del exalmirante Miklós Horthy contó con el apoyo aliado para derrotar a Béla Kun, que lideró la República Soviética húngara entre el 21 de marzo y el 1 de agosto de 1919. En realidad, Horthy –el regente autoritario– estuvo al frente del reino de Hungría entre el 1 de marzo de 1920, cuando el país optó por una fórmula política monárquica, y el 15 de octubre de 1944, cuando el nazismo se hizo cargo del país, al no saber mantener la independencia magiar. «Desde 1920 hasta 1944 el regente hizo de Hungría el más deformado, y el menos reformado, de entre los estados que habían sucedido al imperio de los Habsburgo, y de hecho presidió el más extraño de entre los sistemas de gobierno de pleno siglo XX: una restauración monárquica» (Johnston, p. 780).

Llegados a este punto, es menester advertir que una de las constantes de la cultura húngara estriba en situarse a medio camino

entre el germanismo –con su *Kultur*, que aspira a que el alemán sea algo más que una simple *koiné* centroeuropea de acuerdo con el *ethos* prusiano– y el paneslavismo soviético con sus proyectos lingüísticos rusófilos. Tampoco es accidental que la lengua alemana fuese una de las materias que formaban parte del currículum escolar de los institutos de educación secundaria en Hungría, incluso después de la Gran Guerra, aunque la presencia del latín constituía una realidad que vinculaba la cultura magiar a la tradición occidental, al mundo latinoromano. El alfabeto latino –y así se refleja en *Una mujer en el frente* de Alaine Polcz– constituye uno de los lazos de Hungría con Occidente, al margen del alfabeto gótico germánico y del cirílico eslavo. Siendo esto así, Márai –que pasó por un internado católico de los premonstratenses– comenta que «los religiosos nos inculcaban sentimientos de libertad y justicia». Igualmente, anota que «nunca los oí hablar mal de la Iglesia reformada», cuya presencia también era notable en Hungría (Márai, 2016a, p. 167-168). A su vez, y con relación al plan de estudio de los idiomas, de raigambre humanista, comenta: «Teníamos una clase de latín diaria, podían aprender francés los que querían, desde quinto curso nos enseñaban alemán y a nadie se le ocurría estudiar inglés» (Márai, 2016a, p. 169). Por esta razón, Hungría conjuga su voluntad de ser europea, gracias al cristianismo y al alfabeto latino, dos condiciones de posibilidad para asumir el legado de la cultura occidental.

De todos modos, después de 1948 la única lengua extranjera que se enseñaba en las escuelas húngaras fue el ruso, de acuerdo con el expansionismo mesiánico soviético. En consecuencia, escritores como Sándor Márai –que viajó por Europa en su peregrinaje formativo durante diez años por diferentes países (Alemania, Francia, Inglaterra, Italia, etc.)– remarcan que Hungría participa de los valores occidentales, tal como corresponde a su historia cristiana y a su voluntad de sobrevivir. Por descontado, Márai se manifiesta de manera equidistante respecto a Berlín y Moscú, y así se aleja del expansionismo germánico y del paneslavismo ruso, o, lo que es lo mismo, del nazismo y del comunismo, dos cosmovisiones totalitarias que limitan la capacidad y libertad del *homo loquens*, al pervertir el sentido de la palabra. En esta dirección, Márai dirá que «el vocabulario comunista es tan pobre que provoca bostezos» (Márai, 2016c, p. 246). En fin, Márai aboga por una Hungría independiente y liberal, moderna y burguesa, que se vio ahogada por el nazismo y el comunismo, dos cosmovisiones totalitarias.

Nos encontramos, pues, ante una realidad histórica que ha luchado por mantener su independencia, si bien en algunos momentos

también ha dominado a algunas minorías étnicas, tal como describe Claudio Magris:

«Hongria, comprimida entre el món alemany, eslau i llatí, ha estat amenaçada, però no esclavitzada pels veïns. Malgrat la dominació turca i el fracàs de tantes revolucions, Hongria també ha estat una nació de dominadors, que s'ha imposat als seus eslaus o romanesos. No ha estat província oblidada per la història universal, sinó una nació que ha fet història» (Magris, 2009, p. 380-381).

Por descontado, y de acuerdo con esta voluntad de hacer historia, Sándor Márai –un altavoz de Hungría– se mueve entre una maraña de coordenadas histórico-culturales, en un intento de subsistir en medio de unos imperios que desean imponer su poder a través del expansionismo. Al fin de cuentas, las voces de Márai y Zilahy enfatizan la viabilidad de una cultura como la húngara que forma parte de la tradición occidental, esto es, de una Europa civilizada e ilustrada, hasta el punto que puede ser considerada como una punta de lanza que se adentra en el mundo eslavo, que participa del universo asiático. Cabe pensar que, gracias a Hungría, Europa penetra en Asia. Por esta razón, Márai destaca que los húngaros –capitaneados por los Árpád, la dinastía magiar– «optaron por aliarse con Occidente desde un punto de vista ideológico, espiritual y también político» (Márai, 2016c, p. 69). Por supuesto, este planteamiento pone de manifiesto la importancia de la unidad entre las dos partes de Europa, la occidental y la central, tan próximas geográficamente y tan alejadas culturalmente, sobre todo durante la Guerra Fría.

Evidentemente, Hungría forma parte geográfica y culturalmente de Europa, un continente que, como señaló Stefan Zweig –a quien Márai trató personalmente– en su conferencia sobre «La desintoxicación moral de Europa» (1932), constituye un «organismo intelectual único» (Zweig, 2017, p. 65). Por ello, debía superar las tensiones de aquella generación intelectual, integrada por nombres como los de Zweig y Márai, que conocieron los estragos de las dos guerras mundiales, contiendas bélicas entre europeos, entre pueblos hermanos. La desintoxicación moral de Europa exigía también una catarsis en la que la literatura magiar –ya fuese a través de la pluma autorizada de Márai, Zilahy, Konrád, Kertész o Polcz– tenía mucho que decir, más aún si tenemos en cuenta que los autores húngaros denunciaban soluciones políticas totalitarias como el nazismo y el comunismo que ponían en peligro la continuidad de la nación

magiar. De todas maneras, la historia pesa sobre la conciencia de escritores húngaros como György Konrád e Imre Kertész que, después de haber sido perseguidos por su condición judía, se interrogan sobre su propia identidad al enfrentarse al dilema magiar o semita, como si se tratara de dos conceptos antagónicos e incompatibles.

Digamos de paso que Kertész –después de pasar por Auschwitz y Buchenwald– cuestiona abiertamente cuál es su referente, si Budapest –donde fue arrestado con 15 años cuando se dirigía a trabajar en 1944 a una fábrica militarizada emplazada en la isla de Csepel– o bien Auschwitz, que incomoda e interpela a todos, ya sean alemanes o húngaros. Al regresar a sus casas –que por lo general estaban ocupadas por otras personas refugiadas y desconocidas–, aquellos deportados que salvaron milagrosamente la vida sentían odio hacia sus antiguos vecinos y conciudadanos. Esta situación fue recreada por Márai en *¡Tierra, tierra!* cuando comenta la entrada de un policía judío en el café Emke de Budapest, en el mes de diciembre de 1945, después de que hubiesen asesinado a su madre y a sus hermanos (Márai, 2016c, p. 212). En cualquier caso, Márai –lejos de cualquier actitud antisemita– insistió repetidamente en que la identidad húngara había de girar en torno a la historia, la lengua y la cultura magiar, y, sobre todo, de su vocación burguesa, al margen de cualquier otra consideración étnica, aunque durante su infancia, que pasó en pisos de alquiler, convivió sin problemas graves con judíos, ya fuesen ricos, «neológicos» y progresistas, laicos y asimilados, o bien, pobres ortodoxos que vestían trajes típicos y observaban estrictamente la religión (Márai, 2016a, p. 17).

El antisemitismo húngaro

Si damos crédito a las referencias de Márai hemos de suponer que en Kassa –otros traductores escriben Kaschau– los judíos no eran especialmente rechazados, de acuerdo con la tolerancia del Imperio austrohúngaro, un crisol de pueblos y lenguas. También Alaine Polcz, de confesión protestante, que residía en Kolozsár, en Transilvania –recuperada momentáneamente para Hungría durante la ocupación alemana– corrobora este parecer, al señalar que vivía en un edificio habitado por judíos, con quienes mantenía buenas relaciones. «La emancipación de los judíos tuvo además muchos rasgos en común con la abolición, casi simultánea, del servilismo en la monarquía. Marca el fin de un largo proceso de liberación. Este había comenzado con el decreto imperial del 12 de abril de 1848...» (Fetjö, 2016, p. 178). Ello puede explicar que Márai no refleje en su confesión

demasiados episodios de antisemitismo, aunque acepta que ha conocido personas con este perfil, circunstancia que Alaine Polcz ratifica. Desde luego, las dos comunidades –la cristiana y la hebrea– mantenían cierta distancia, aunque por lo general sin poner en peligro la convivencia de los vecinos. En estas circunstancias, Márai distingue la manera de vivir de los judíos respecto a la de los cristianos, con el siguiente juicio: «Los judíos viven para la familia; los católicos, por la familia. No importan las excepciones, en general es así» (Márai, 2016a, p. 82).

Quizás no carezca de interés reparar en los argumentos que Gregor von Rezzori esgrimió sobre las causas del antisemitismo que surgió en el centro de Europa, después de que los pogromos rusos forzaran a la emigración a muchos judíos que, en su huida del zarismo, se instalaron en los imperios germano y austríaco. Hay que tener en cuenta que Rezzori mantuvo una relación ambivalente –de repulsión y al mismo tiempo de atracción– hacia los judíos. Así intentó profundizar en las causas del odio a los hebreos que podrían hallarse en «su deseo de ser como nosotros y su ambición de obtener reconocimiento social» (Rezzori, 2014, p. 245). Con independencia de estas reflexiones, lo cierto es que a la larga la comunidad israelita de Budapest sufrió todo tipo de atropellos y vejaciones, tal como ha reflejado Imre Kertész que, aunque no hablaba yiddish, tomó conciencia de su condición semita en detrimento de la húngara por la que finalmente sintió odio, al regresar con vida de los campos de exterminio. Como tantos otros que habían pasado por aquella experiencia, Kertész se preguntaba «¿cómo había podido ocurrir todo aquello?» (Kertész, 2001, p. 248).

György Konrád en su novela autobiográfica *Viaje de ida y vuelta* ha dejado constancia del proceso de asimilación de los judíos, a través de las diversas generaciones que iban ascendiendo socialmente, con lo que superaban los distintos niveles de estudios. «La generación de mi padre –escribe Konrád, nacido en 1933– acabó el bachillerato; la mía, una carrera universitaria» (Konrád, 2010, p. 19). La familia de György Konrád se había instalado en Hungría a fines del siglo XVIII, de modo que alcanzó un nivel de vida burgués, similar a la de Sándor Márai. «Mis padres no eran más asimilados que los demás judíos, sino que se limitaban a avanzar un poco más en la civilización burguesa, a la que todas las religiones y naciones se van adaptando poco a poco con sentimientos y con resultados diversos» (Konrád, 2010, p. 35). De cualquier modo, y a pesar de la asimilación, las dos comunidades –la cristiana y la hebrea– no se mezclaban, tal como Konrád refleja al comentar que en el cine «los palcos situados a la

izquierda habían sido adjudicados a los burgueses judíos y los de la derecha a los señores cristianos» (Konrád, 2010, p. 186).

Por lo demás, las familias judías también buscaban institutrices alemanas para sus hijos, con lo que tácitamente unos y otros –cristianos y judíos– aceptaban la superioridad de la cultura germana, aspecto que también se refleja en *Sin destino* de Imre Kertész. El hecho de que los judíos del Imperio austrohúngaro pudiesen desplazarse hasta Alemania para estudiar, como hizo Márai para ampliar sus conocimientos, podía asegurar su ascenso social en la escala académica o profesional, amén de dedicarse al mundo de los negocios, aspecto que despertaba el recelo de los otros comerciantes ya asentados desde hacía tiempo que no eran judíos. De cualquier modo, también los judíos húngaros tuvieron que emigrar para encontrar una manera de sobrevivir fuera de su país, y así se instalaron incluso en Rumania, un tradicional enemigo de Hungría por la disputa territorial. Ahora bien, la mayor ilusión para los judíos, pero también para los húngaros, era emigrar a los Estados Unidos, que se convirtió, como han reflejado Roth (2008) y Zilahy (2010), en un codiciado destino que no siempre se alcanzaba. En realidad, la emigración a América, se había convertido en el sueño de muchos europeos desde fines del siglo XIX y, sobre todo, desde que Nueva York pasó a ser la capital del mundo, después del fin de la *Belle Époque* que relegó París a un lugar secundario.

Lajos Zilahy se hace eco en *La ciudad vagabunda* (1939) –la Budapest que había recibido miles de refugiados que procedían de zonas que habían dejado de pertenecer a Hungría después de la mutilación territorial que entrañó el Tratado de Trianón (1920)– del despertar del antisemitismo, desde el momento en que los judíos eran acusados de ser los causantes de los males de la patria. Más aún, se vinculaba su presencia con la revolución que vivió Hungría bajo el régimen comunista de Béla Kun, entre el 21 de marzo y el 1 de agosto de 1919, un movimiento que agudizó el proceso revolucionario iniciado por Mihály Károly –una especie de Kerenski–, que estuvo al frente del país desde el 16 de noviembre de 1918, al finalizar la Gran Guerra. Solo de esta forma, se entiende la identificación que se hizo en muchos lugares –también en la España franquista– entre el judaísmo y el comunismo, cosa que no puede extrañar si consideramos que ambos regímenes –capitaneados por el regente Horthy y el caudillo Franco, los dos militares– se adhirieron el año 1939 al Pacto Anti-Komintern (contra la Internacional Comunista). Por otra parte, el empobrecimiento generalizado de Hungría –y especialmente el de sus clases medias, que vieron como la inflación y los emprés-

titos de guerra habían malogrado los ahorros– despertó la animadversión hacia la minoría judía que se dedicaba al comercio y que, por consiguiente, contaba con el valor de las mercancías depositadas en sus almacenes, lo cual permitía mantener el nivel de vida. A resultas de ello, no extraña que un personaje de *La ciudad vagabunda* exclame lo siguiente: «¡Los judíos constituyen solo un cuatro por ciento de la población total del país, y, sin embargo, poseen un treinta por ciento de las riquezas de la nación!» (Zilahy, 1965, p. 1391).

Todo indica que Hungría fue una tierra propicia para la recepción de las teorías raciales y eugenésicas, a pesar de su tradición cristiana. De manera paulatina, las ideas favorables a Alemania cuajaron, gracias a la acción de intelectuales como Franz Anton Basch que lideró la *Volksbund der Deutschen in Ungarn*, esto es, la Liga Popular de Alemanes en Hungría que desarrolló una activa tarea divulgativa entre 1938 y 1945. Alaine Polcz recoge que a finales de 1944 existían en Hungría familias afiliadas al «partido nazi Volksbund» que todavía confiaban en la victoria hitleriana (Polcz, 2015, p. 94). No por azar, en Hungría surgieron una serie de políticos afectos al nazismo (Pál Teleki, Kálmán Darányi, István Bethlen, etc.) que acentuaron la proximidad húngara a la política del Eje. Tampoco es de extrañar que Alfred Rosenberg escribiese en su diario, en la anotación correspondiente al 18 de octubre de 1938, pocos meses después de la incorporación de Austria al III Reich, las siguientes palabras: «Por lo demás, anexión total de la política húngara a Berlín» (Rosenberg, 2015, p. 313). De hecho, en 1927 había tenido lugar en Budapest un importante «congreso antijudío», que estaba bien presente en los proyectos de Alfred Rosenberg cuando defendía –antes de aprobarse la Solución Final en 1942– la posibilidad de una reserva judía en la isla de Madagascar. Según parece, a este congreso asistió, además de Rosenberg, monseñor Umberto Benigni, «secretario secreto» del papa Pío X (Rosenberg, 2015, p. 634). Llegados aquí se puede añadir que Theodor Herzl, el promotor del sionismo, nació en Budapest en 1860, circunstancia que lo convierte a los ojos de William M. Johnston en un utopista improvisador, si bien su proyecto se lanzó desde Viena poco después del caso Dreyfus (Johnston, 2009, p. 816-823).

De todas formas, la convivencia entre ambas comunidades –la hebrea y la cristiana– siguió en Hungría sin altercados de gravedad hasta la primavera de 1944, momento en que las cosas cambiaron drásticamente. Fue entonces cuando Andor Jaross fue nombrado ministro de interior el 22 de marzo, responsabilidad que ocupó hasta el 17 de agosto cuando la política antisemita se agudizó si cabe

todavía más. Entre tanto, estaba prevista la celebración de un congreso en Cracovia, los días 11 al 15 de julio, «destinado a unir por primera vez a casi toda Europa en la lucha contra el judaísmo» (Rosenberg, 2015, p. 711). Entre los asistentes previstos, y que según Rosenberg habían confirmado su presencia, aparece como representante de Hungría el ministro Jaross, que había de acudir con el séquito de «un grupo de acompañantes» (Rosenberg, 2015, p. 712).

Si hasta la primavera de 1944 Hungría, a pesar de las simpatías de muchos de sus ciudadanos por Alemania, había sido tierra de acogida –o como mínimo de paso hacia Occidente– para los judíos de toda Europa que buscaban refugio, a partir de aquel momento «la isla excepcional había dejado de existir» (Konrád, 2010, p. 47). Al respecto, Márai escribe en *Lo que no quise decir*: «Hasta el 18 de marzo de 1944, el día que las tropas alemanas invadieron Hungría, la mayor parte de la comunidad judía del país permaneció indemne» (Márai, 2016b, p. 48). Sin embargo, a partir del 19 de marzo de 1944 las cosas fueron diferentes para la colectividad hebrea, después de que «el regente, el gobierno y el país entero se postraron ante los decididos alemanes» (Konrád, 2010, p. 48). Si atendemos a los acontecimientos que Lajos Zilahy narra en *El ángel del odio*, observamos como Budapest se había acostumbrado a la ocupación alemana, de modo que «los judíos húngaros llevaban la estrella amarilla, pero por las tardes jugaban tranquilamente a cartas en los cafés» (Zilahy, 2011, p. 337).

Por añadidura, la situación empeoró y las emisoras de radio –según cuenta Zilahy– incitaban «abiertamente a los pogromos y las carreteras volvían a ser el escenario de un triste éxodo, mientras soldados armados conducían a rebaños de judíos hacia la cámara de gas» (Zilahy, 2011, p. 387). Con estos antecedentes, no sorprende que cuando llegó la hora de la deportación, los vecinos cristianos optaron generalmente por la indiferencia e, incluso, el desprecio, actitudes antisemitas que se evidenciaron de nuevo cuando algunos perseguidos como Konrád y deportados como Kertész –ambos muy jóvenes– pudieron regresar. Está claro que nadie les esperaba y que su reencuentro constituyó una contrariedad para aquellos que habían permanecido en Hungría, a la vez que se lamentaban de las desgracias que habían sufrido con el avance del Ejército Rojo.

Con este trasfondo, se hace palpable que en Hungría existía un antisemitismo larvado –que Márai solo insinúa, pero que no niega en modo alguno–, lo cual facilitó la masiva deportación de los judíos de Hungría a partir de la primavera de 1944. La peripecia de Magda Hollander-Lafon, nacida en 1927 y que pudo sobrevivir a la catás-

trofe, ilustra la desdicha de las familias hebreas húngaras. Magda recuerda que en el pueblo donde nació, los judíos se encerraban el Viernes Santo, ya que «ese día los cristianos que habían ido a rezar a la iglesia nos golpeaban en la calle con sus cruces y nos rompían los cristales de las ventanas de las casas» (Magda Hollander-Lafon, 2017, p. 83). Por su lado, y tal como comentan Nathalie Caillibot y Régis Cadiet, después de la firma del Tratado de Trianón (1920), «la comunidad judía había dejado de ser una minoría entre otras para convertirse en la minoría visible» (Magda Hollander-Lafon, 2017, p. 136). Ello propició que la suerte de los judíos quedase supeditada a la Solución Final, a pesar de que muchos perseguidos encontraron inicialmente refugio en Hungría. Efectivamente, los miembros de la comunidad hebrea –ya fuesen húngaros autóctonos o refugiados procedentes de otras latitudes– fueron deportados con destino a Auschwitz-Birkenau, tal como confirman György Konrád y Magda Hollander-Lafon, mientras que Kertész después de pasar por Auschwitz recaló en Buchenwald².

Con relación a este punto, el cardenal Mindszenty registra en sus memorias que «en junio de 1944, el gobierno de Sztójay ordenó la concentración de los judíos en “guettos”» (Mindszenty, p. 23). Alaine Polcz en las primeras páginas de *Una mujer en el frente* se hace eco de cómo la Gestapo persiguió a los judíos en Kolozsvár (Transilvania). Así lo describe esta autora, que contaba poco más de veinte años cuando se produjo la ocupación alemana en el mes de marzo de 1944:

«La Gestapo iba de noche a por los judíos más ricos e importantes... Al tercer día se llevaron a todos los vecinos del edificio. Los arreaban para que bajaran las escaleras como si fueran animales...» (Polcz, 2015, p. 19).

Según György Konrád que, a pesar de ser un niño pudo escapar del Holocausto gracias a su sagacidad y riqueza familiar, «al gueto

² Aunque no es objeto de este trabajo, conviene dejar constancia de la acción del diplomático español Ángel Sanz Briz (1910-1980), el «ángel de Budapest», que salvó la vida a 5000 judíos. De entre la bibliografía sobre este punto, cabe citar los libros de Diego Carcedo *Un español frente al Holocausto. Así salvó Ángel Sanz Briz a 5000 judíos* (Madrid: Temas de Hoy, 2000) y Arcadi Espasa *En nombre de Franco. Los héroes de la embajada de España en el Budapest nazi* (Barcelona: Espasa, 2013). El profesor Jaime Vándor (1933-2014), profesor de la Universidad de Barcelona y promotor de la asociación judeo-cristiana de Cataluña, fue una de las personas que pudieron salvarse del Holocausto gracias a la benemérita acción de Sanz Briz. Autor de una extensa bibliografía, destacamos –a título de simple muestra– su artículo «Judaísmo y cultura centroeuropea: 1880-1940», *El Olivo*, 37, 1993, p. 177-189.

fueron a parar los judíos ortodoxos más pobres, con sus barbas negras y sus sombreros negros, sus esposas con las cabezas cubiertas con pañuelos, los hijos con los tiranos y las hijas de grandes ojos» (Konrád, 2010, p. 98). No tuvo tanta suerte Imre Kertész que después de que su padre –un acomodado comerciante judío de la comunidad hebrea de Budapest– fuese obligado a incorporarse a un campo de trabajo en la primavera de 1944 donde pereció, él mismo fue enviado –después de una redada contra la población judía en las calles de la capital húngara cuando viajaban en autobús hacia sus lugares de trabajo forzado– a Buchenwald, si bien en un primer momento pasó por Auschwitz. «En medio del triángulo había una letra “U” para señalar que éramos húngaros y, en la cinta, un número, el mío, por ejemplo, era el 64.921» (Kertész, 2001, p. 128).

Los hechos confirman todo cuanto decimos, en el sentido de que el 22 de marzo de 1944, Horthy –el regente del reino apostólico de Hungría– nombró a Döme Sztójay primer ministro que puso en marcha la persecución de la población hebrea, para complacer al III Reich, con la eficaz labor de Andor Jaross desde el Ministerio del Interior. Claro está que la situación se recrudeció todavía más, si cabe, cuando en el mes de octubre de 1944, Horthy –el regente de un reino sin rey, a pesar de los esfuerzos fracasados de Carlos IV por ocupar el trono– intentó pactar con los aliados ante el avance de las tropas rusas, lo cual determinó que el Partido de la Cruz y la Flecha tomase el poder el 16 de octubre en un golpe de mano, con el soporte de la Gestapo y el beneplácito de Hitler, que colocó a Ferenc Szálasi al frente del gobierno.

Las cifras que aportan los historiadores son contundentes ya que superan con creces el número de cuatrocientas mil personas. Según Nathalie Caillibot y Régis Cadiet, entre el 15 de mayo y el 9 de julio de 1944, fueron deportadas cuatrocientos treinta y siete mil cuatrocientos tres judíos a Auschwitz-Birkenau (Magda Hollander-Lafon, 2017, p. 138). A título de breve paréntesis, conviene detenernos en estos guarismos que, aunque oscilan según las fuentes, revelan el gran número de judíos húngaros que perecieron en el Holocausto. Así se desprende de los datos que baraja Paul Johnson que, después de contrastar varias fuentes estadísticas, confirma que la comunidad hebrea de Hungría, «la última que fue sacrificada, sufrió elevadas pérdidas». El número de víctimas resulta espeluznante: «21.747 fueron asesinados en Hungría, 596.260 fueron deportados, y de estos sobrevivieron solo 116.500» (Johnson, 2003, p. 599).

Como prueba de ello, Nathalie Caillibot y Régis Cadiet no dudan en señalar que, en ningún otro país como Hungría, «el programa de

la Solución Final se llevó a cabo con tanta lucidez, inhumanidad y rapidez» (Magda Hollander-Lafon, 2017, p. 138). A ello podemos agregar las palabras que Márai escribió en *Liberación*: «Nadie sabe lo que sucede en el gueto de Budapest, donde los cruces flechadas y los alemanes encerraron a los judíos de la ciudad» (Márai, 2013, p. 77). Mientras tanto, György Konrád, después de un sinfín de vicisitudes, pudo llegar con once años a Budapest y salvar la vida gracias al cónsul suizo que protegió algunas casas bajo la bandera helvética. Hemos de añadir que cuando regresó a su pueblo de Berettyóújfalu, a finales de febrero de 1945, Konrád comprobó que «habían asesinado a todos mis compañeros de la escuela judía, solo quedamos nosotros con vida, de modo que el señor maestro se emocionó al vernos volver a casa» (Konrád, 2010, p. 153). En efecto, él y su hermana fueron los únicos supervivientes, con lo que el patriotismo húngaro salió maltrecho después de que doscientos niños judíos de la población quedasen reducidos a ceniza. «De los doce mil habitantes de Berettyóújfalu antes de la guerra, unos mil eran judíos. De éstos, sobrevivieron tal vez unos doscientos en su mayoría hombres jóvenes» (Konrád, 2010, p. 158).

No deja de ser llamativo que con el trasfondo de la deportación, y durante los días de dominio nazi en Hungría, Márai pronunciase su discurso de ingreso en la Academia húngara, que fue un canto en favor del humanismo y la libertad, los dos principios que debían vertebrar espiritualmente (una idea que Márai tomó en préstamo de Ortega y Gasset) no solo la historia de Hungría sino también el devenir de Europa. Debemos resaltar que Oliver Brachfeld recogió las ideas centrales de este discurso en el prólogo, antes citado de 1946, en que se pueden encontrar opiniones de Márai de la siguiente guisa. «Solo la atmósfera de la humanidad y de la libertad contiene suficiente oxígeno para nutrir la poderosa llama de las luces que buscan a toda una generación humana» (Oliver Brachfeld en Márai, 1946, p. 22). Palabras que cobran extraordinario relieve si tenemos en cuenta que fueron dichas cuando Hungría había caído bajo la férula del nazismo, con la colaboración del Partido de la Cruz y la Flecha dirigido por Ferenc Szálasi, oriundo también de Kassa, militar de profesión que, después de vivir la experiencia del frente durante la Gran Guerra y de ascender en el ejército, fraguó un movimiento patriótico como el «húngarismo» conectado con el nazismo. Hay que hacer notar que este ultranacionalismo magiar aspiraba a recuperar los territorios que Hungría había perdido después de la firma del Tratado de Trianón (1920), que siguió al efímero gobierno comunista de Béla Kun que no fue bien recibido en el campo húngaro

como testimonia Roth (2010) a pesar de pretender poner fin al sistema feudal y que causó un gran número de víctimas. La historia de Szálasi se asemeja, si salvamos todas las distancias posibles, a la del mismo Hitler que para algunos «es un hijo político de los tratados de paz de 1918» (Pérez-Maura en Otto de Habsburgo, 2011, p. 17). Se debe advertir que buena parte de los rectores de la política húngara durante aquellos años –comenzando por el regente Miklós Horthy– habían pertenecido al ejército austrohúngaro, derrotado como el alemán en la Gran Guerra, circunstancia que propició el revanchismo.

Sobre la magiarización

Es obvio que la seguridad del mundo de ayer –el anterior a 1938, según Márai– era fruto de la labor desarrollada por la burguesía que preconizaba un orden social, en consonancia con el axioma del positivismo de Comte, de orden y progreso. A su vez, y de manera paralela, la burguesía decimonónica alentó el resurgimiento de movimientos nacionalistas que también afloraron en Hungría promoviendo un proceso de magiarización literaria y política al socaire de los vientos liberales, con el soporte de parte de la prensa. Unas actitudes inherentes al nacionalismo romántico del siglo XIX y que pretendían rectificar el rumbo del país, en manos de nobles y terratenientes, con su ancestral sistema de castas y servidumbres, una problemática que se agudizó con el fracaso de la revolución liberal de 1848 y 1849 que fue aplastada desde Viena.

En verdad, la «llamada a los pueblos» de la época romántica no solo implicó un movimiento patriótico-cultural sino también una preocupación por la fijación de fronteras, en un contexto de «reorganización del espacio político europeo» (Morazé, 1965, p. 182). En cualquier caso, quizás convenga tener presente que según François Fetjő –que se hace eco de la tesis de Jean-Michel Leclercq– el surgimiento del nacionalismo húngaro se deba a la prolongación del Antiguo Régimen, lo cual determinó que el patriotismo liberal se transformara en nacionalismo, proceso que culminó en torno a la fecha de 1848, aunque no triunfó por las reticencias austríacas, si bien facilitó que en 1867 se firmase el compromiso entre Viena y Budapest, que implicaba el reconocimiento de la idiosincrasia húngara. Tal como ha escrito Claudio Magris, el compromiso (*Ausgleich*) de 1867, que creó la monarquía austrohúngara, constituye «l'intent més gran dels Habsburg per transformar una ferida –el separatisme hongarès– en una medicina, per sufocar la perillositat d'aquella cí-

tara i de les seves cançons fent-los lloc sota la mateixa corona, per sobreviure deixant subsistir i fins i tot reforçant el poder rebel i el paper d'Hongria» (Magris, 2009, p. 360).

No está de más resaltar que la superioridad alemana, a los ojos del mundo húngaro, parecía evidente, lo cual explicaría que Márai fuese a Leipzig a estudiar periodismo, aunque también conoció de cerca el ambiente de Berlín –ya convertida en una gran metrópoli–, de Frankfurt y de Múnich, durante los años de la República de Weimar, ciudad que también visitó. «En la casa de Goethe todos nos sentíamos un poco como en nuestra propia casa aunque hubiesen transcurrido tantos años. El mundo de Goethe aceptaba a los peregrinos; no aseguraba una tranquilidad eufórica, pero dejaba un rincón en el que quedarse el tiempo necesario» (Márai, 2016a, p. 271). Márai –como buen espíritu europeísta– quedó un tanto impresionado por el ambiente cultural de aquellos años de la república germana (1918-1933), en pleno esplendor de las vanguardias, en una Alemania que parecía haber roto los lazos con el militarismo prusiano que, lamentablemente, volvió a emerger con el nazismo. Sin embargo, y como él mismo reconoce, colaboró en prestigiosos periódicos germanos, «seguía escribiendo en alemán, pero con un espíritu ajeno a esa lengua» (Márai, 2016a, p. 282).

264

Tampoco hay que pasar por alto que, con independencia de posibles consideraciones políticas e históricas, la literatura y la música, las palabras y las notas del pentagrama, sin olvidar pinacotecas particulares y museos, constituían los resortes primordiales de la formación centroeuropea (*Mitteleuropa*) que seguía a corta distancia el modelo de la *Bildung* alemana, un ideal de formación surgido en el período del neohumanismo alemán (1780-1830), que se extendió por la Europa danubiana y que cuajó en Austria como atestiguan autores como Zweig y De Waal. Se trata, como bien ha puesto de relieve Rosa Sala Rose (2007), de una opción más cultural que política, que pone al descubierto el extraño caso de las letras alemanas que pervirtieron la *Bildung* hasta devaluarla a simple *Kultur*, con lo que el ideal de formación (*Bildung*) se transformó en una vulgar atadura (*Bindung*), ultranacionalista, xenófoba y expansionista.

Ahora bien, en el caso húngaro las cosas fueron por otros derroteros ya que aquí la cultura se emparentó con la política liberal y, por extensión, con la voluntad de independencia del pueblo magiar que, bajo la férula de la burguesía, apostó por reformas que habían de cercenar el atávico sistema feudal que pervivió hasta los últimos compases de la Segunda Guerra Mundial. Vale la pena señalar, a beneficio de inventario, lo que Alaine Polcz comenta sobre el casti-

llo de los Esterházy donde se refugió durante algunas semanas en el invierno de 1944. Con más de un centenar de habitaciones, capilla y teatro, el castillo disponía de un servicio compuesto por treinta y seis personas y una gran extensión de tierras. «Tenían más de treinta mil hectáreas de posesiones y doce mil en fideicomiso» (Polcz, 2015, p. 74). Ahora bien, en la enorme biblioteca de aquel espléndido castillo «no había literatura húngara» (Polcz, 2015, p. 56).

Ni que decir tiene que la sombra pedagógica de la *Bildung* alemana influyó sobre toda Europa Central, la *Mitteleuropa*. «Los húngaros estaban fascinados por las cualidades alemanas: organización militar, sistema de enseñanza, habilidad para el comercio y la técnica» (Fejtő, 2016, p. 138). En el fondo, aquel ideal pedagógico de signo formativo –no pragmático-utilitario, ni comercial-industrial– se distinguía por su dimensión humanística, si bien marginaba los aspectos físico-corporales que en el caso húngaro quedaban reducidos a la práctica de la esgrima, el único deporte que la opinión pública aceptaba. «Debido al espíritu “humanista” de la escuela [*vale la pena insistir que Márai estudió en un centro católico*], descuidábamos y despreciábamos deliberadamente el ejercicio físico» (Márai, 2016a, p. 168). Se trataba, pues, de una educación más intelectual que corporal, alejada de las veleidades germanas, siempre proclives a la gimnasia agresiva de los *turnen* (con sus aparatos gimnásticos) y a los combates de los jóvenes en las mensuras³.

Es del todo evidente que la escolarización decimonónica favoreció el proceso de magiarización ya que, gracias a la enseñanza de la lengua y literatura húngaras, se articuló una narrativa patriótica en que se explicaba la traslación, bajo la dirección de la dinastía de los Árpád, de las tribus que abandonaron los Urales para instalarse junto a los Cárpatos. «En los montes Urales, al lado del río Volga, existió una *Ungaria Magna*, una Gran Hungría...» (Móricz, 2016, p. 220). No en vano, el protagonista de *Sé bueno hasta la muerte* –la novela escolar de Zsigmond Móricz– es un joven que, a pesar de su pobreza, está apasionado por la poesía romántica de Sándor Petöfi (1823-1849), cuya madre –según Magris– no sabía la lengua húngara. Lógicamente, el currículo escolar también establecía un canon literario

³ La esgrima puede vincularse a las mensuras o combates de los jóvenes estudiantes teutónicos, una larga tradición que hoy continúa. Abundando en el tema, cabe señalar que Reinhard Heydrich, que presidió la conferencia de Wannsee, donde se acordó la Solución final, a comienzos de 1942, promovió una cerámica del esgrimista, *Die Fechter*. Según Edmund de Waal, de quien tomamos la referencia, esta cerámica se regalaba a las élites del partido. Para De Waal, aquel esgrimista, una cuidada pieza de cerámica blanca, constituía un presagio de la muerte (De Waal, 2016, p. 403).

con nombres como Sándor Petöfi, János Arany y Endre Ady que, con sus poemas, coadyuvaron a la toma de conciencia del pueblo húngaro.

Al margen del ambiente escolar, Márai también reconoce esta dependencia al escribir que «con Arany he aprendido y sigo aprendiendo el idioma húngaro» (Márai, 2016a, p. 272). En *El alma se extingue* (1932), Lajos Zilahy describe el derrumbe económico de una pequeña familia propietaria venida a menos, cuyo heredero debe emigrar a los Estados Unidos. Con todo, en la biblioteca familiar, la literatura estaba representada por János Arany, en doce tomos; aquella famosa edición jubilar, de lujo» (Zilahy, 2010, p. 53). No acaba aquí la cosa porque además de Arany –el gran poeta nacional– Márai destaca igualmente los nombres de dos periodistas y escritores como Gyula Krúdy (1878-1933) y Dezso Kosztolányi (1885-1936) que contribuyeron a la conformación de la Hungría liberal. Bien podemos añadir que Márai encuentra en Kosztolányi un modelo personal, periodístico y literario que vivificó la lengua húngara. «Todos los días le regalaba a Hungría una expresión sabrosa, un matiz nuevo, irónico o deslumbrante» (Márai, 2016c, p. 161).

266

De acuerdo con lo que exponemos, la magiarización promovió el uso de la lengua húngara como vehículo de cultura a lo largo de un proceso que se extendió durante el siglo XIX. «Hacia 1900 se publicaban en Budapest más de doscientos periódicos y revistas en lengua magiar» (Johnston, 2009, p. 801). Al mismo tiempo, este proceso literario –que según Johnston se dio acompañado de un pensamiento mágico– favoreció el culto húngaro a la fantasía, en un contexto que facilitó la recepción de la *Bildungsroman* apolítica alemana (Johnston, 2009, p. 799). Está claro que la lengua –y por ende, la literatura– y la música, las dos piezas clave del ideal de formación (*Bildung*) burgués, experimentaron un gran desarrollo en las manos de la burguesía liberal que protegía la cultura húngara, bien al contrario de lo que había hecho durante siglos la nobleza.

En el fondo, la música húngara posee como mínimo 500 años de historia, tal como confirma el trabajo discográfico «Ungaresca» del Mandel Quartet, registrado en 1994. Aquí se recoge parte de esta rica tradición musical con compositores como Bálint Balassi, János Ká-joni, Pál Esterházy y Ádám Pálóczi Horváth, nombres que cubren un extenso período de tiempo desde el siglo XVI hasta el siglo XVIII. De alguna manera, y de acuerdo con la cosmovisión de Márai, la literatura y la música pueden considerarse una «vértebra espiritual», una sinfonía intelectual, que él reclamaba como elemento propulsor del sentido magiar que en su caso combina el sentimiento nacional

y el humanismo de la *cultura animi*, que se enraíza en el mundo clásico greco-latino. También la música de Béla Bartók (1881-1945) puede ponerse en relación con este proceso de construcción de una identidad cultural y espiritual magiar.

A manera de contrapunto, quizás sea pertinente recordar que con la *magiarización*, esto es, el despertar nacionalista húngaro a través de la cultura magiar, también se pretendió oprimir a otras minorías nacionales (rumanos, eslovacos, rutenos, serbios y croatas) (Johnston, 2009, p. 805-806). Este estado de cosas favoreció las reticencias respecto a aquellas minorías y los países vecinos, en especial, la enemiga entre húngaros y rumanos, que además de litigar por territorios como Transilvania, se vieron implicados en la Segunda Guerra Mundial, con trayectorias dispares ya que mientras Hungría se enfrentó al Ejército Rojo, Rumanía acabó por combatir a su lado. Al fin, empero, ambos países se convirtieron en satélites de la Unión Soviética.

En este sentido, vale la pena insistir en que cuando los húngaros estrecharon los lazos con el nazismo en 1944, justamente los rumanos, aliados de los alemanes desde primera hora, dieron el golpe de estado del rey Miguel I el 23 de agosto de aquel año contra el «conductor» Ion Antonescu. Así los húngaros vieron como las tropas de Rumanía, en disputa siempre con Hungría, acompañaban al Ejército Rojo en la liberación magiar. Quizás por ello, Alaine Polcz –que procedía de Transilvania, una zona que finalmente pasó a Rumanía– pensó en hacerse maestra después del fin de la Segunda Guerra Mundial, en una pequeña aldea a fin de «conservar la cultura húngara y enseñar a los niños» (Polcz, 2015, p. 213). En suma, Hungría no solo se oponía al expansionismo germano y eslavo, sino también a las ansias de victoria de la Gran Rumanía, del nuevo reino fundado en 1881 y que, a raíz del Tratado de Trianón, se anexionó Transilvania, en detrimento de Hungría, amén de otros territorios como Besarabia y Bucovina que también se integraron al Reino rumano. Finalmente, la suerte de Hungría y Rumanía, dependió después de la guerra de la Unión Soviética, lo que comportó la desaparición de ambas monarquías.

Otrosí, conviene enfatizar que la defensa de la cultura húngara –canalizada a través de la *magiarización*– no estaba reñida con el proyecto de una Europa unida, mediatizada por la idea de la confederación danubiana, preludio de una Europa supranacional. Pese a todo, la Monarquía Austro-Húngara fue un gran invento, aunque un día estalló (Márai, 2016b, p. 87). Tampoco es menos cierto, que Márai mostró siempre una inveterada fe europeísta –«me había ju-

rado, bajo palabra de honor, que sacaría las mejores notas en europeoismo», leemos en *Confesiones de un burgués* (Márai, 2016a, p. 234)– hasta el extremo que se considera un precedente del ideal paneuropeo. Durante sus jornadas de peregrinaje pedagógico, a semejanza del *Meister* de Goethe, Márai adquirió una conciencia paneuropea, incluso anterior a la de los precursores de la idea de Europa:

«Examinaba a todo el mundo bajo este aspecto, quería saber si ya existía el hombre europeo, si en algún salón polaco o en alguna universidad danesa estaba manifestándose ya el hombre que primero era europeo y solo después polaco o danés. Ni Coudenhove-Kalergi ni Hubermann Bronislav hablaban todavía de paneuropeísmo, pero la idea estaba ya presente» (Márai, 2016a, p. 276).

Por consiguiente, Márai fue un espíritu europeísta que esgrimía una especie de «patriotismo europeo» que examinaba todas las cosas bajo esta perspectiva. En concreto, Márai se refiere al conde Richard de Coudenhove-Kalergi que, en 1923, escribió *Paneuropa* y que puso en marcha la Unión Paneuropea que debía restablecer un orden continental supranacional, después de la Gran Guerra. Visto así, Márai puede ser considerado un precursor del ideario europeísta, entendido como un proyecto pedagógico y cultural, una idea-fuerza que circuló por el continente gracias a las facilidades de comunicación que representaban los ríos (especialmente el Danubio) y la red de ferrocarriles, sin olvidar el conjunto de establecimientos educativos –muchos en manos de confesiones religiosas cristianas–, las compañías de teatro y las orquestas que, con sus conciertos, esparcían esta llama de civilización, de la cultura, que alentó el clima espiritual un tanto cómodo y confiado del burgués que, finalmente, quedó supeditado a la cultura de masas occidental y al control ideológico de la democracia popular, impuesta por el Ejército Rojo en 1945.

Bien mirado, el proyecto de una Europa unida a partir del modelo de la monarquía austro-húngara no fue una idea únicamente de Márai, sino que fue compartida por diversos intelectuales de la época, como Joseph Roth que en su literatura insiste una y otra vez en la identificación de la monarquía austríaca con el catolicismo, dos pilares que deberían fundamentar la nueva Europa. En esta misma dirección, se manifestó Otto de Habsburgo que en un artículo publicado el 20 de noviembre de 1994, en el periódico *ABC* de Madrid, destacaba las virtudes de la monarquía austro-húngara, un «Estado

multicultural que es un ejemplo para la Unión Europea en numerosos terrenos, entre otros el tratamiento de las nacionalidades y de la cuestión lingüística» (Otto de Habsburgo, 2011, p. 131). No deja de ser sintomático que Otto de Habsburgo –hijo de Carlos IV, el último emperador del Imperio austrohúngaro– defendiese la viabilidad de una nueva Europa a partir, justamente, de la tradición danubiana representada por el ejemplo imperial austrohúngaro, a la vez que reitera las raíces cristianas del continente, combatiendo la influencia del comunismo. «Europa ha sido poderosa mientras se ha sentido un continente europeo» (Otto de Habsburgo, 2011, p. 137). A su vez, es interesante anotar que esta opinión también es defendida por Ferenc Fejtö (1909-2008) que, en *Réquiem por un imperio difunto. Historia de la destrucción de Austria-Hungría*, pone al descubierto el proyecto republicanizador, instigado por Francia y la masonería, de los países del antiguo imperio de los Habsburgo, al reiterar la siguiente idea: «Austria-Hungría no estalló sino que la hicieron estallar» (Fejtö, 2016, p. 21 y p. 436), circunstancia ya anticipada por Márai.

Si redundamos en el tema, Fejtö –siempre favorable a la unidad en la variedad del Imperio austrohúngaro– arguye que el nacionalismo estriba en una «ideología que ponía la liberación de la nación por encima de la del hombre» (Fejtö, 2016, p. 179). Sea como fuere, hay que suponer que el carácter multinacional del Imperio austrohúngaro facilitó una tolerancia no solo étnica sino también religiosa, como bien recoge Márai al significar que los religiosos de la escuela católica «nos inculcaban sentimientos de libertad y justicia», es decir, de respeto hacia otras confesiones como la Iglesia reformada (Márai, 2016a, pp. 167-168). A este respecto, conviene señalar que según György Konrád, en la pequeña población de Berettyóújfalu –no muy lejos de Debrecen, la segunda ciudad de Hungría– convivían la escuela reformada, la católica y la judía, y en los días de las grandes solemnidades después de desfilar «se ponían la una al lado de la otra en la plaza principal» (Konrád, 2010, p. 166).

Después de todo, las confesiones de Márai cubren los años de formación en los colegios húngaros –asistió al colegio de los premonstratenses, del que guardó un buen recuerdo; no así de un internado posterior– y los años de aprendizaje por Europa (Alemania, Francia, Italia, Inglaterra) hasta la década de los treinta. Después de residir durante diez años en el extranjero volvió a Budapest, ciudad que «veía pobre, polvorienta, vieja y triste» (Márai, 2016a, p. 443), pero no por ello renunció a su condición magiar, al cultivo de la lengua húngara y a defender la viabilidad histórica de una Hungría liberal, moderna y progresista, culta y civilizada, leal a la tradición

humanista y cristiana, aspectos inherentes a la condición occidental y europea de su amado país. Tal como se lee en la contracubierta de la edición de *El alma se extingue* de Lajos Zilahy (2010) el «adagio “Extra Hungarian nulla sallus” deja claro que para un húngaro no hay salvación posible fuera de la patria *magyar*, que, por cierto, es más que una mera geografía: es una civilización», que se singulariza por el alfabeto latino, la lengua húngara y la tradición cristiana.

Vocación y declive burgués

Por todo cuanto venimos diciendo, parece obvio que la burguesía desempeñó un papel destacado en la historia europea, aspecto que Charles Morazé ya se encargó de enfatizar en su momento, después de que Werner Sombart trazase el dibujo del burgués en 1913. De hecho, la burguesía fue la fuerza progresista del siglo XIX y buena parte del XX, hasta la llegada de la crisis que siguió a la Gran Guerra y que socavó las seguridades de otro tiempo, esto es, del mundo de ayer, el que corresponde a la *Belle Époque*, cuando se mantenía una visión armónica del mundo bajo el influjo del panlogismo de la filosofía hegeliana, en el sentido de que todo lo real es racional y todo lo racional es real. Esta racionalidad –impugnada por Nietzsche y por los movimientos socialistas– daba una seguridad que afectaba al orden político, social y pedagógico, con un discurso educativo que fomentaba la instrucción como medio, precisamente, para descubrir la racionalidad que gobernaba el mundo, si bien las disonancias y los conatos revolucionarios no eran infrecuentes. Pese a todo, las cosas parecían sólidas y estables, sin que muchos pudiesen predecir la hecatombe que siguió al atentado que acabó en Sarajevo con la vida de Francisco Fernando de Austria, sobrino del emperador Francisco José y heredero a la corona del Imperio austrohúngaro, el 28 de junio de 1914. Hasta aquella fecha –a pesar de la muerte violenta de la emperatriz Isabel en 1898– «en el mundo todo estaba maravillosamente colocado en su lugar» (Márai, 2014, p. 16).

Hay que repetir que la burguesía, a pesar de todas las tensiones, contribuyó a la construcción de este mundo liberal y racional que alentó la cultura de la Ilustración desde fines del siglo XVIII, coyuntura que la firma del compromiso de 1867 favoreció de manera decidida. El largo período en el que el emperador Francisco José estuvo en el poder, entre 1848 y 1916, una época que se dio en el tiempo de manera casi simultánea a la etapa victoriana en Inglaterra, contribuyó a mejorar las cosas. Gracias a esta dinámica, Budapest pasó a convertirse en un referente de la cultura europea, tal como

detalla Lajos Zilahy, que destaca el emplazamiento privilegiado de la capital, una especie de cruce de caminos entre Oriente y Occidente:

«Tres felices elementos se mezclaban en el Budapest de Francisco José: el verbo asiático combinado con el sentido de la hospitalidad del pueblo magiar, la sed de conocimiento junto a la pasión por construir de los sujetos germánicos, y, por último, la industria y el feroz humor de los judíos. El sueño de Carlomagno y el de Irene, Emperatriz de Bizancio, habían llegado a hacerse realidad. Oriente y occidente estaban en Budapest estrechamente abrazados como jamás lo estuvieron en la Historia» (Zilahy, 2011, p. 384).

Mientras Zilahy pone de relieve el papel de puente o nexo de Budapest entre Oriente y Occidente, Márai remarca una y otra vez la pertenencia de Hungría a la cultura occidental. En realidad, ambas visiones no son contradictorias, sino más bien complementarias, ya que de una u otra forma configuran una amalgama abocada hacia Occidente y su cultura. De ahí que Márai –un hombre que residió durante muchos años en el extranjero, sobre todo en París– insista en desmarcar a Hungría del mundo oriental, sobre todo eslavo, quizás porque los soviéticos fueron los que liquidaron definitivamente los restos de la civilidad burguesa que los nazis no habían podido aniquilar totalmente durante la oscura etapa que va de 1938 a 1944 en su intento de germanizar la vida magiar. Bien mirado, Márai vivió como un burgués: escribía solo unas cuantas líneas cada día, salía a pasear por las avenidas de Budapest donde saludaba a sus amigos, frecuentaba los cafés y las redacciones de los periódicos, nadaba en la piscina y jugaba a tenis en la isla Margarita. Se cuidaba, por tanto, física, anímica y socialmente. Por eso, Márai ejemplariza un estilo vida que, al margen del confort y bienestar, expresaba una inclinación liberal y humanista en defensa de la cultura, el bien máspreciado que había atesorado la burguesía que –ante la falta de títulos nobiliarios– había optado por un ideal formativo (*Bildung*) de ascendencia germana pero que, en el caso de Márai, se había entroncado con la historia literaria magiar sin perder de vista el horizonte de la cultura occidental. Es decir, la formación no concluía en uno mismo, de manera egoísta e individual, sino que poseía una clara vocación patriótico-nacional, a fin de contribuir al acervo de la cultura magiar, el bien máspreciado para la burguesía húngara.

«Ser burgués nunca ha sido para mí una categoría social; siempre he considerado que se trata de una vocación. La figura del burgués representa para mí el mejor fenómeno humano creado por la cultura occidental moderna, justamente porque el burgués es quien ha creado la cultura occidental moderna: tras ser aniquilada la envejecida estructura social basada en la jerarquía feudal y haberse desmoronado en el mundo un orden social caduco, el burgués estableció un nuevo equilibrio» (Márai, 2016c, p. 136).

Resulta fácil de comprender que su vocación burguesa conecta con la idea de una Europa ilustrada y tolerante, que responde a un proceso histórico que deriva del humanismo y de la Ilustración pero que no aboga por un ideal cosmopolita, en una especie de religión de la Humanidad de carácter abstracto y universal, sin referentes históricos concretos, ni tampoco por los excesos del «hungarismo», el movimiento ultranacionalista de las cruces flechadas ligado al nazismo. En rigor, nos encontramos ante una idea de Europa que puede asumir, como remarcaron Joseph Roth y Otto de Habsburgo, la herencia del Imperio austrohúngaro de ser un crisol de pueblos, religiones y lenguas, es decir, de libertad y tolerancia. De ahí también su frustración cuando vio cómo su mundo burgués, articulado en torno a la idea de cultura, sucumbió en aquel periplo histórico que se extendió entre 1938 y 1947, si bien las cosas se habían adulterado mucho antes, después de la Gran Guerra. En esta dirección, sus palabras –que ponen fin a la segunda parte de sus *Confesiones de burgués*– son bien ilustrativas.

272

«Quiero dar fe de una época en la que vivía una generación que deseaba celebrar el triunfo de la razón por encima de los instintos y que creía en la fuerza y en la resistencia de la inteligencia y del espíritu, capaces de detener el avance de las hordas ansiosas de sangre y muerte. Como programa vital no es mucho, pero yo no conozco otro» (Márai, 2016c, p. 472-473).

Lamentablemente, el lenguaje, en manos de las políticas totalitarias, pervirtió la palabra y traicionó un pensamiento que se da siempre «empalabrado», cosa razonable si tenemos en cuenta la identidad que se produce en el término «logos» entre palabra y pensamiento. En fin, Márai piensa en una Europa humanista y erasmista, tolerante y conciliadora, un conjunto de pueblos y culturas que recurren a

la literatura para canalizar sus aspiraciones, en una atmósfera de paz y concordia. Ahí radica, justamente, el compromiso de la burguesía que se convierte en guardiana de esta cultura que la barbarie dinamitó, en el breve período comprendido entre 1938 y 1945, ya que lo que siguió después de esta fecha para Hungría es bien conocido: el totalitarismo político, una razón de estado que acabó con la libertad de pensamiento y el acervo humanista heredado de la tradición continental. De este modo, la lengua magiar –la mejor seña de identidad de Hungría– quedó contaminada de modo que no pudo garantizar lo que Márai designa como «vida plena», esto es, una existencia alimentada a través de la cultura en libertad (Márai 2016c, p. 311).

A la pregunta sobre qué es el humanismo, Márai responde de manera clara que «una medida humana», para apostillar a continuación que el humanismo implica «la constatación de que el ser humano es la medida de todas las cosas» (Márai, 2016c, p. 277). En última instancia, para Márai ser burgués implicaba justamente este cuidado del alma, esta sensibilidad humanista y liberal, al margen del patrimonio que uno atesorara o del trabajo que uno realizara. En su caso, la condición de burgués se vincula a una visión culturalista, de raigambre humanista y liberal, que se enraíza en la libertad intelectual o espiritual (Márai, 2016c, p. 93). Desde luego, una de las riquezas más apreciadas por este tipo de burgués que Márai encarna radica, precisamente, en su biblioteca que en 1944 contaba con seis mil volúmenes, la mitad de los cuales fueron pasto de la destrucción a raíz de los combates que se produjeron durante el asedio y la liberación de Budapest. «La mayoría de volúmenes habían quedado destrozados a causa de los ataques aéreos. Al lado de mi sombrero de copa había uno intacto. Lo cogí para ver el título: *El libro del cuidado de los perros en el hogar burgués*» (Márai, 2016c, p. 115).

Como es lógico, y en sintonía con lo que Márai plantea, la clase media húngara adquirió la condición de garante de un mundo burgués –esto es, moderno, liberal, humanista e ilustrado– que consumía cultura. «Una clase media humanista que leía libros, que iba al teatro, que sobrepasaba sus posibilidades económicas a la hora de educar a sus hijos y que salvaguardaba la tradición de las relaciones sociales sin llamar la atención...» (Márai 2016c, p. 349). Una clase media discreta que a menudo escondía las penurias y una clase trabajadora sencilla que hacían grandes esfuerzos a través de una vida frugal con la vista puesta en el ahorro a fin de poder acceder a la cultura y hacer frente a la educación de sus vástagos.

Llegados a este punto, parece oportuno recordar que Márai nació en Kassa, una pequeña Babel en la que el yiddish no era extraño,

según Oliver Brachfeld. Kassa contaba con sede episcopal y teatro, además de cuatro librerías. Evidentemente, las familias burguesas, pese a moverse guiadas por la austeridad, sentían devoción por la lectura de manera que los libros y las revistas entraban asiduamente en los hogares de aquella ciudad de provincias. «Mi padre pasaba sus noches con un libro en las manos. Puedo decir sin exagerar que la burguesía de fin de siglo de nuestra provincia necesitaba los libros como el pan de cada día» (Márai, 2016a, p. 20). Así a los hogares burgueses, que contaban con buenas bibliotecas, llegaban regularmente los semanarios y revistas de divulgación que llevaban «a nuestra vida provinciana la literatura y la cultura» (Márai, 2016a, p. 54). No en balde, Márai siempre se manifestó a favor de la burguesía, clase social a la que pertenecía y que, a través de la educación, conformó su manera de ser y estar en el mundo. Además de pasar por un par de internados, Márai aprendió a bailar, practicó la esgrima, se familiarizó con los libros y la música, se aficionó a los viajes, en fin, recibió una educación burguesa, semejante a la que confería la *Bildung* –una realidad no únicamente alemana sino también centro-europea–, a sabiendas de que cualquier proyecto formativo tiene mucho de autoeducación, de autoformación porque, desde esta perspectiva, la educación implica educarse. «Pronto me di cuenta de que todo lo que necesitaba lo tenía que buscar y encontrar yo mismo» (Márai, 2016a, p. 259).

274

Sin duda, podemos considerar a Márai como un intelectual burgués de modo que resulta bien lógico que titulase sus memorias con el apelativo de *Confesiones de un burgués*, un libro que causó un gran revuelo cuando apareció en 1934 en su país natal, en los años anteriores al desastre de 1938, preludio de la guerra que se inició el 1 de septiembre de 1939. A decir verdad, la burguesía tuvo un papel primordial en la toma de conciencia magiar, con lo cual Márai fue –como reconocía F. Oliver Brachfeld– «un burgués, con todo lo bueno y malo que implica este término». A renglón seguido, Oliver Brachfeld añadía que *Las confesiones de un burgués* lo atestiguan claramente. «Esta autobiografía –la de un hombre, pero al mismo tiempo de todo un estamento social– desencadenó toda una “ola” de confesiones de escritores en Hungría y es uno de los libros más fascinadores que he leído en estos últimos años» (Oliver Brachfeld en Márai, 1946, p. 14).

Procede añadir que estas *Confesiones de un burgués*, que fueron traducidas en 2004, no contemplaban la época más oscura de la historia de Europa, esto es, cuando la garra del nazismo se extendió por el continente a partir del 12 de marzo de 1938. De ahí el interés

de la tercera parte de sus confesiones, que durante años permanecieron silenciadas por expresa voluntad del autor y que han sido traducidas recientemente, en 2016, bajo el título de *Lo que no quise decir*. En *¡Tierra, tierra!* lamenta, que una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, su obra fue objeto de una crítica durísima que procedía de un importante estudioso (la referencia nos induce a pensar que se trataba de Georg Luckács), lo cual le movió a no publicar aquel tercer capítulo, que «sigue guardado en un cajón, cubierto de polvo» (Márai, 2016c, p. 344).

Así pues, hoy contamos con la edición completa de aquellas *Confesiones de un burgués*, integradas por tres capítulos, si bien el tercero y último no se publicó en su día por deseo expreso de su autor. Ahora bien, antes de que viese la luz esta tercera parte titulada *Lo que no quise decir*, se había traducido *¡Tierra, tierra!*, una obra en la que Márai da cuenta y razón de lo sucedido en Hungría entre 1944 y 1948, es decir, desde que cayó en manos de los nazis, el 19 de marzo de 1944, cuando la *Wehrmacht* invadió Hungría. Pocos meses después, el 16 de octubre de 1944, se produjo la defenestración del regente Miklós Horthy en manos del Partido de la Cruz y la Flecha con el apoyo nazi cuando intentaba negociar la paz con los aliados de espaldas a Alemania, con el consiguiente sitio de Budapest y la llegada de las tropas soviéticas. Se trataba, según manifiesta en *¡Tierra, tierra!*, de la «*barbarie puante*» (Márai, 2016c, p. 104), de una ocupación que supuso un nuevo modelo de vida, es decir, una cosmovisión de tipo oriental antagónica e inconciliable con el sistema liberal que Márai siempre defendió desde su vocación burguesa.

Visto desde la distancia, las confesiones de Sándor Márai pueden ser consideradas como un relato de formación de alto contenido cívico-moral, no en el sentido de la lucha intestina entre las diferentes facciones políticas, sino desde la perspectiva del encaje de Hungría en una Europa que, después de los sucesos acaecidos entre 1938 y 1948, perdió sus mejores rasgos espirituales (esto es, el humanismo, la tolerancia y la libertad), aquellos que la burguesía había sabido labrar a través del fomento de la cultura y de una conciencia patriótico-nacional que se debatía para sobrevivir entre el pangermanismo nazi y el paneslavismo ruso-soviético. Por consiguiente, aquella burguesía liberal, progresista y deseosa del orden, constituía una fuerza del reformismo social, ciertamente moderna, que después de la derrota de la Primera Guerra Mundial, sufrió en carne propia las consecuencias de los diez años que van de 1938 –fecha de la anexión de Austria por parte del Reich alemán– a 1947, cuando se consumó el sometimiento de Hungría respecto a la URSS.

Huelga remarcar que la burguesía no se complacía con la situación del campo húngaro que no difería mucho de lo que sucedía en otras geografías, como la rusa, y que vivía supeditada a los nobles y terratenientes. En este punto, séanos permitido reproducir la opinión del Cardenal Mindszenty: «Personalmente, siempre había deplorado que en Hungría no se hubiera llevado a efecto una reforma agraria aun antes de la primera guerra mundial» (Mindszenty, 1989, p. 35). Ahora bien, en muchos casos la burguesía se ennoblecía –un tema que Márai retrató en *La mujer justa*– y adoptó un gran gusto musical, tal como correspondía a su apuesta por la cultura. «¡Qué maravillosa es la música!», exclama un personaje de *La Gaviota* (Márai, 2014, p. 89). En *Divorcio en Buda*, Herta profiere otra exclamación no menos contundente: «¡Mozart! *Eine kleine Nachtmusik*» (Márai, 2011, p. 103). Este aspecto se acentúa todavía más en *La mujer justa*, cuando Judit describe la pasión por la música que existía en casa de Péter. «Si se compraba una nueva colección de discos para el gramófono, siempre se compraba la colección entera, todas las obras de un gran compositor a la vez, Wagner o Bach al completo, en toda clase de grabaciones. Nada era tan importante como tener a todo Bach en un armario, todo Bach...» (Márai, 2005, p. 303). A la vista de lo que decimos, es lógico que Zoltán Kodály (1882-1967), músico y compositor húngaro, crease un innovador método de educación musical, de reconocido prestigio en todo el mundo.

276

No por casualidad, Zsigmond Móricz –uno de los grandes nombres de la literatura magiar, que influyó decididamente sobre Márai– da testimonio de este proceso en la novela *Sé bueno hasta la muerte*, centrada en un internado de Debrecen, la segunda ciudad de Hungría. Por este motivo, Móricz pone al descubierto las penalidades de las familias humildes de provincias para que sus hijos pudiesen estudiar en internados, lejos de las residencias familiares. Al fin y al cabo, las clases sencillas también deseaban invertir en la educación de sus hijos, a imagen y semejanza de lo que hacía la burguesía. Con este trasfondo, resulta lógico que la educación adquiriese una significación especial, desde el momento en el que la formación asume el rasgo distintivo de las clases medias que eran conscientes, bajo el liderazgo de la burguesía, de su responsabilidad social, que no era otra que la de vigilar y mantener la cultura, una tarea encargada a la burguesía que se formó mayoritariamente en colegios religiosos. Así se expone en *La mujer justa* que, en boca de Judit, la criada que se convierte en segunda esposa del protagonista, se argumenta con las siguientes palabras.

«Creaban algo que ellos llamaban cultura, educación, civismo, incluso cuando sonreían o cuando se sonaban la nariz con discreción... Para ellos lo más importante era conservar lo que habían creado con su trabajo y sus modales, con toda su existencia... sí, era más importante guardar que crear» (Márai, 2005, p. 305).

Por lo pronto, notemos que la educación y la formación –condiciones de posibilidad de cultura– daban el tono del discreto encanto de la burguesía que confiaba en la vía pedagógico-cultural que, a su vez, era seguida por muchas familias empobrecidas que en medio de un sinfín de penurias (préstamos, hipotecas, enajenaciones patrimoniales, etc.) apostaban por invertir en educación. Con todo, y sobre la cabeza de aquellos alumnos que vivían en las ciudades –con el consiguiente gasto para sus respectivas familias– pendía la espada del *consilium abeundi*, esto es, de la expulsión, en un contexto escolar como el centroeuropeo (Alemania, Austria, Bohemia, Hungría) dominado por la instrucción, los exámenes, las tensiones con vejaciones incluidas entre los compañeros del internado, las clases particulares para poder subsistir, las preferencias e insidias del claustro de profesores, en un universo que –como muchas otras cosas– empezó a retroceder, que no desaparecer, después de la Gran Guerra.

Si Márai se hizo eco de este estado de cosas en *Los rebeldes*, Lajos Zilahy describió aquel panorama con las siguientes palabras: «La inalterable severidad de las leyes pedagógicas se relajó en el momento en el que fue necesario enviar a hombres jóvenes a los campos de batalla» (Zilahy, 2011, p. 52). Por su lado, la educación –basada en la autoridad y la veneración por la tradición– experimentó un vuelco total. «La nueva educación les negaba a los padres la posibilidad de amonestar a los hijos y de imponerles prohibiciones explícitas, tan solo podían explicar, conceder permiso y aclarar conceptos» (Márai, 2011, p. 45). Desde este prisma, el movimiento de renovación pedagógica que surgió en la década de los años veinte –con sus proclamas de libertad, autonomía, democracia y creatividad– puede ser visto como una respuesta a la educación tradicional de aquel mundo de ayer, en el que predominaba la educación tradicional. Digamos de paso que aquel sistema lo centraba todo en la adquisición de conocimientos, de acuerdo con la pedagogía neoherbartiana irradiada de Prusia al resto de Europa. En verdad, aquella pedagogía pretendía ser la garantía de la entrada al mundo de los adultos, habida cuenta que se suponía que, gracias a la instrucción y al dominio de los conocimientos, se podría obtener un empleo vitalicio en el so-

fisticado engranaje burocrático imperial. A pesar de las innovaciones educativas introducidas después de la guerra, merece la pena notar que la práctica de la expulsión perduró durante años. La novela de Friedrich Torberg sobre el alumno Gerber (situada en la Viena de 1929) y la declaración inicial de Gregor von Rezzori en *Memorias de un antisemita* («por obra del *consilium abeundi* quedé excluido de las escuelas del entonces reino de Rumanía», p. 7) evidencian que la vida escolar evolucionó de una manera lenta hacia postulados más democráticos que pueden ser analizados como un fruto más de la liberalización de Europa.

En suma, se impuso una nueva educación y una nueva moral, si bien la burguesía optó en muchas ocasiones por la mentira y la farsa. Si la educación se había transformado, algo similar había acontecido con la moral sexual (el impacto de Freud no fue menor) y, sobre todo, en la vida familiar y matrimonial. El divorcio emergía en el mundo social como una novedad no siempre aceptada socialmente, ya que algunos todavía defendían la «santidad del matrimonio» (Márai, 2011, p. 60). En medio de aquella convulsión galopante que siguió a la Gran Guerra, cuando la crisis afectó a todos los ámbitos sociales, a la educación y a la familia principalmente, la vida matrimonial aparece como un engaño, como una vulgar farsa que trasluce la decadencia burguesa. «Celebramos nuestras costumbres burguesas con la complicidad de dos actores», exclama uno de los protagonistas de *Divorcio en Buda* (Márai, 2011, p. 160). Para añadir a renglón seguido las siguientes palabras: «Sí, en la medida en que lo permiten las leyes humanas y divinas, se puede ser feliz en este mundo. Nosotros lo somos.» (Márai, 2011, p. 160).

Pero detrás de las farsas matrimoniales, en muchos hogares burgueses de las ciudades europeas existían importantes bibliotecas, pinacotecas, instrumentos musicales, especialmente pianos, y cuando llegó el gramófono, también discotecas notables. Obviamente, el libro formaba parte indisoluble de la escenografía hogareña de aquellas casas burguesas que, como en la de Márai, eran objetos de culto, de modo que «se trataban con devoción» (Márai, 2016a, p. 50). Además, los burgueses –ya fuesen cristianos o judíos– frecuentaban teatros, salas de conciertos y estaciones termales, sin olvidar que también se apuntaron al gusto por el aire libre y a la práctica del deporte, una novedad que significó un signo de modernidad pero que introdujo la moda de la cultura de masas. Dicho esto, se entiende el papel que Márai confiere a la burguesía, como garante de un mundo de civilidad y cultura que solo el trabajo pudo construir con ahínco y tenacidad. La actividad burguesa se distingue, pues, por el

doble movimiento de creación y preservación hasta el punto que conservar es más difícil que engendrar algo nuevo. En su opinión, este conjunto de aspectos constituía un legado, un cosmos formado por la cultura gracias al esfuerzo de muchas generaciones y, por ende, también de la burguesía. Así pues, Europa es una construcción y una confianza en este universo, que puede singularizarse en la ópera que fue el gran espectáculo de aquel mundo en que reinaba un orden asombroso. Y a pesar de que aquella cosmovisión se desmoronaba, bajo las botas del ejército alemán que pisoteaban cualquier lugar del continente, se mantenía todavía una rendija por la que traslucía el esplendor de aquel mundo de ayer, el de la vieja Europa, cuando en medio de la catástrofe pervivía –ni que fuera por una noche– la vida de antaño.

«De todas formas, esta noche la gente ha acudido al Teatro de la Ópera... Es una imagen subyugante que abarca todos los rituales de la cultura: la música, la arquitectura, hombres y mujeres ataviados de gala, humildad y hechizo, la atmósfera devota del Arte. Esto era Europa...» (Márai, 2014, p. 89).

Podemos añadir que este tipo de consideraciones emergen en diferentes pasajes de la literatura de Márai, que identifica la idea de Europa con las ciudades, las iglesias, los teatros y los edificios (Márai, 2011, p. 101). Esto quiere decir que para Márai el hombre es un ser espiritual único, definición que también compartirían autores como Stefan Zweig crítico con la «monotización» del mundo que, merced a la mecanización, configura una personalidad gregaria que dificulta participar de los bienes del espíritu (Zweig, 2017, p. 53-64). Resulta evidente, por tanto, que para Márai la idea de Europa va ligada a la cultura, entendida como una *cultura animi* que entronca con la *Humanitas* latina (Cicerón, Horacio) y que, gracias a la tradición humanista del *Studium* medieval, dio lugar al ideal de sabio del Renacimiento, al filósofo de la Ilustración y al burgués culto del siglo XIX. Cuando la barbarie se impone, esta *cultura animi* queda afectada negativamente, hasta el punto que a menudo la burguesía renuncia a airear tales situaciones, en una actitud que recuerda la traición de los intelectuales denunciada por Julien Benda en 1927. No por azar, Márai cierra la segunda parte de sus *Confesiones de un burgués* con afirmaciones de esta guisa:

«La palabra del escritor había perdido el efecto, el respeto y la credibilidad, ya no era capaz de cambiar ni un gramo de

arena en el mundo. Los literatos habían malgastado la herencia histórica de los enciclopedistas, la autoridad de la palabra para cambiar la sociedad. La literatura había perdido su credibilidad moral» (Márai, 2016a, p. 411).

A nadie se le escapa que esta falta de compromiso por parte de los escritores depende en buena medida de la connivencia que algunos adquirieron con los regímenes totalitarios o, en el mejor de los casos, de la aceptación de los principios del hombre-masa del americanismo. Este conjunto de factores, comportó la quiebra de la vieja Europa, la Europa burguesa, liberal y progresista que había optado por el camino de la formación y la cultura, según los postulados de la *cultura animi* heredados de la tradición humanista.

«El hombre europeo vivía con una herida, viajaba, escuchaba música, leía libros, amaba y rompía con sus amantes, dentro de su destino europeo, como si lo hubieran herido. Es el sufrimiento del hombre culto que sospecha que los bárbaros ya se hallan ante la puerta tallada, blandiendo las mazas... Fueron muchos quienes escribieron sobre ello, y de diversas maneras» (Márai, 2014, p. 67).

Por todo ello, el papel de la burguesía se centraba en la conservación, ante el peligro de destrucción que representan la barbarie, ya fuese de derechas o de izquierdas. En sintonía con lo que exponemos, Márai en *La mujer justa* (1941-1949) retrata con detalle el estilo de vida de la burguesía húngara personificada en Péter, que aparece como el garante del orden y el custodio de la cultura. «Para el artista, la cultura supone una experiencia de vida. Para el burgués, la cultura es el milagro de la domesticación» (Márai, 2005, p. 148). A fin de cuentas, domesticar significa poner límites o acabar con la barbarie, en virtud de una racionalidad ordenadora y conservadora. «Ser burgués requiere un esfuerzo constante. Me refiero a la estirpe de los creadores y los guardianes, no a los pequeños burgueses arribistas que solo aspiran a una vida mejor y más cómoda» (Márai, 2005, p. 152).

Sin embargo, el hombre de la cultura de masas (insistimos en la influencia de Ortega sobre Márai) se arroja a los pies de los líderes carismáticos que, con sus dotes propagandistas, ejercen poderes manipuladores y destructores del orden burgués, tal como sucedió con el nazi-fascismo y el comunismo. Excusado es decir que esta cosmovisión burguesa de Sándor Márai era incompatible con las

aspiraciones de las democracias populares que se extendieron por Europa del Este, después de 1945, de conformidad con las instrucciones del PCUS. En resumidas cuentas, Márai, como otros tantos intelectuales europeos, fue un exiliado –o con más precisión todavía, un apátrida– que encontró en América la libertad que no halló en el viejo continente, siempre fluctuante entre posiciones maximalistas, ya fuesen de extrema derecha o de izquierda radical, actitudes que cercenaron la función conservadora y ordenadora de la burguesía.

Finis Hungariae, 1938-1944

Es sabido que el fin del mundo de ayer –feliz expresión acuñada por Stefan Zweig– comportó, según Josep Casals, el fin del *Homo austriacus*, una realidad que se puede aplicar a todo el imperio de las dos águilas. En rigor, se trata del fin del mundo, un fenómeno que fue prioritariamente austríaco, de manera que se singulariza en la ciudad de Viena como «imagen del destino final de una cultura» (Casals, 2003, p. 30). Bien mirado, el fin del mundo de ayer –que comportó la liquidación de la *Belle Époque*, con su largo período de paz que se extendió entre 1871 y 1914– afectó a toda la zona danubiana.

Cuando se analiza la literatura centroeuropea se observa el deseo de algunos autores (Joseph Roth quizás sea el caso más emblemático, pero sin olvidar a Otto de Habsburgo) por mantener viva la memoria del Imperio austrohúngaro, con su bandera de fondo dorado con el águila bicéfala superpuesta. Para más de uno de los súbditos del emperador Francisco José (y aquí seguimos el hilo de lo expuesto por Gregor Von Rezzori cuando explica la mentalidad de su padre), el verdadero heredero del Sacro Imperio Romano instituido por Carlomagno hay que buscarlo en la casa de los Habsburgo y, por ende, en el Imperio austrohúngaro. Con este enfoque, el Segundo Imperio Alemán –proclamado por la dinastía de los Hohenzollern a comienzos de 1871 en el palacio de Versalles, donde se coronó a Guillermo I después de derrotar a los austríacos en Sadowa (1866) y a los franceses en Sedán (1870)– no es nada más que una adulteración, una tergiversación del sentido de la historia que se pervirtió más, si cabe, con la idea del III Reich (Kahler, 1977). Podemos anotar que la expresión «III Reich» fue formulada por Artur Moeller van den Bruck en el libro *Das Dritte Reich* (1923), como una especie de continuidad del Segundo Imperio que, además de pretender germanizar Europa, orquestó una maquinaria contra la religión, ya fuese

judía o cristiana, esto es, contra la metafísica de la filosofía occidental.

En sintonía con lo que decimos, y después de que en 1938 la suerte de Viena quedase supeditada al III Reich, le llegó el turno a Budapest –«en las antiguas lenguas eslavas estas palabras [*Buda y Pest*] significan, respectivamente, “ladrillo” y “horno”» (Zilahy, 2011, p. 380) que, en el otoño e invierno de 1944, vio cómo sus calles se poblaban de actos de pillaje, violaciones y muertes. Las silenciosas aguas del Danubio fueron testigo de la cantidad de judíos y patriotas que los nazis y cruces flechadas –«entrenados para la caza del hombre» (Márai, 2016c, p. 18)– lanzaban al río después de ser ejecutados sumariamente por cualquier nimiedad, sin ningún tipo de juicio previo. La masacre de Katyn perpetrada por los soviéticos contra los oficiales polacos, tuvo su réplica en las aguas del Danubio contra los patriotas y judíos magiares, un genocidio promovido por los nazis alemanes y húngaros, enrolados bajo la bandera del Partido de la Cruz y la Flecha, que actuaban dirigidos por Ferenc Szálasi.

Mientras Zweig y Roth fijan cronológicamente el fin del mundo de ayer, inmediatamente después de la Gran Guerra, con el *Finis Austriae* en 1918, Márai –que quedó afectado por el hecho de que la mitad de sus compañeros de clase perecieron en el frente de Isonzo– lo hace veinte años más tarde, en 1938, cuando se produjo la anexión (*Anschluss*) de Austria por el III Reich. «Ya no era el mismo, porque Adolf Hitler había entrado en Viena» (Márai, 2016c, p. 193). Seguramente por eso, Judit Áldozó –la que fuera criada y segunda esposa de Péter, el señor de la casa– exclama en *La mujer justa* que el «mundo del que voy a hablarte ya no existe» (Márai, 2005, p. 276). En efecto, si aquel mundo de ayer recibió un duro embate en 1918, agravado en el caso húngaro con el Tratado de Trianón (1920) fue herido de muerte en 1938, para desaparecer definitivamente en el breve lapso de tiempo, menos del período que va desde la invasión de las tropas alemanas (19 de marzo de 1944) hasta comienzos de 1945, cuando los soldados del Ejército Rojo –cuya idiosincrasia retrata en las primeras páginas de *¡Tierra, tierra!*– liberaron el país después del sangriento sitio de Budapest, entre el 24 de diciembre de 1944 y el 13 de febrero de 1945, cuyo dramatismo recuerda al de Stalingrado.

Si la Hungría liberal retratada por Márai simboliza el apego por la cultura espiritual y el cuidado de uno mismo, según la tradición de la *Bildung* alemana, emparentada con la *Paideia* helénica, la *Humanitas* latina y la *Sapientia* renacentista, los soldados del Ejército Rojo desconocían buena parte del acervo literario ruso, salvo alguna ex-

cepción, a la vez que traslucían una formación mecánica-politécnica que sorprendía en unas mentes ligadas desde hacía siglos a la fuerza telúrica del campo de la estepa rusa. Solo de esta forma se entiende el contraste entre el perfil del burgués y los soldados del Ejército Rojo que Márai trató cuando llegaron a las puertas de Budapest, un contraste que también captó Alaine Polcz en *Una mujer en el frente*. «Por lo que me decían [Márai se refiere a los soldados soviéticos], resultaba obvio que para ellos la cultura significaba una serie de conocimientos profesionales o técnicos» (Márai, 2016c, p. 53), no una atención del alma de acuerdo con los principios de la *cultura animi*. De ahí que la literatura, el cultivo del espíritu, la formación en su sentido más elevado del término, quedara al margen de la educación marxista-leninista. Con referencia a los integrantes del Ejército Rojo, Márai escribió: «No sabían nada de literatura; sus modales toscos, su carácter cruel y bárbaro y su comportamiento inhumano eran una prueba de que en alma ya había muerto el reflejo de la cultura heredada...» (Márai, 2016c, p. 55). Esto quiere decir que era poco lo que quedaba del mundo espiritual anterior a la revolución de 1917, hasta el extremo que solo en los soviéticos que superaban los cuarenta años se «atisbaba –por detrás de la máscara del bolchevique y del soldado rojo– un fenómeno muy entrañable: el del ser humano ruso» (Márai, 2016c, p. 55).

No es casualidad, por tanto, que en *La mujer justa*, una especie de crónica del apogeo y decadencia de la burguesía húngara, encontremos las siguientes palabras: «Un día llegaron los rusos a las orillas del Danubio y dispararon hasta que lo hicieron trizas todo, cañones incluidos» (Márai, 2005, p. 318). Por su parte, el cardenal Mindszenty describió escenas similares sobre la entrada de los «liberadores» soviéticos en Sopron, con el propósito de «humillar a la nación húngara, que había tenido que combatir a su pesar y por imposición de los nazis» (Mindszenty, 1989, p. 35). A la vista de estas consideraciones, podemos traer a colación lo que Márai escribió en *¡Tierra, tierra!*: «Mientras los alemanes habían robado de forma organizada e institucional, los rusos saqueaban de manera oficial y también privadamente. Es imposible conocer el valor real de su botín» (Márai, 2016c, p. 64).

Por su fuerza y significación –con el valor añadido de que procede de una mujer– conviene recordar el testimonio de Alaine Polcz, que vivió la ofensiva soviética y la contraofensiva alemana durante varias semanas, entre el otoño de 1944 y el invierno de 1945. Además de ser violada repetidamente, esta mujer comenta que «después de una batalla decisiva o reconquista había tres días de libre saqueo», para

apostillar a continuación: «Libre saqueo y libre violación» (Polcz, 2015, p. 158). Por añadidura, muchas mujeres húngaras perdieron la vida al ser violadas por las tropas rusas que rompían la columna vertebral de aquellas víctimas inocentes de la barbarie. «Hacían lo siguiente: levantaban las piernas de las mujeres por encima de los hombros y se apoyaban en ellas arrodillados. Si uno daba un empujón demasiado fuerte, la columna de la mujer se rompía. No de manera deliberada, sino por la violencia irrefrenable» (Polcz, 2015, p. 135). Se estima que unas doscientas mil mujeres húngaras fueron violadas, una cifra que globalmente resulta imposible contabilizar pero que, en el caso de las tropas soviéticas que entraron a Berlín, oscila entre cien mil y doscientas mil mujeres (Anónima, 2006). No hay duda posible: las mujeres –jóvenes y ancianas, los violadores no distinguían edades– fueron quienes padecieron con mayor crudeza aquella barbarie que confirmaba el fin de Hungría, o, lo que es lo mismo, de una civilización magiar que ponía su foco de atención en la *cultura animi*, esto es, en la conservación de la cultura y el cuidado espiritual.

Con todo, los acontecimientos que se precipitaron entre los meses de octubre de 1944 y marzo de 1945 poseían una génesis que, según Márai, se remontaba al día 12 de marzo de 1938, cuando se consumó la anexión (*Anschluss*) de Austria al III Reich. Por ende, quedó frenada la libre circulación de personas, ya fuese por vía fluvial o a través de la red ferroviaria con sus coches-cama (*wagons-lits*), dos importantes medios de comunicación en Centroeuropa. Baste recordar que Josep Roth –que destaca los valores positivos del mundo austrohúngaro y que, por tanto, no comparte la opinión de Musil que lo identifica con Kakanía (*kaiserlich-königlich*)– saca a relucir a menudo aquel mundo de ayer en el que no eran necesarios los pasaportes ni los salvoconductos. La frontera constituyó, pues, una novedad que siguió a la Gran Guerra, tal como refleja Roth –nacido en Lemberg– en un artículo publicado el 7 de agosto de 1919 y dedicado al papel de las fronteras: «¡Cuando mi profesor de geografía vivía, y las dividía en políticas y naturales, la cosa era distinta, por supuesto! Pero ahora que está muerto solamente quedan las antinaturales...» (Roth, 2010, p. 217).

Por aquel entonces, antes de 1914 –cuando Roth recibía clases de geografía– las fronteras eran una cosa extraña que en 1918, y especialmente a partir de 1920 con el Tratado de Trianón –denominado así por haber sido firmado en este palacio de Versalles–, se convertirían en una realidad que impidió que muchas personas pudiesen huir ante la catástrofe que se avecinaba. Tampoco hay que olvidar

que a raíz de aquel tratado, Hungría perdió la soberanía de la ciudad marítima de Fiume (hoy Rijeka, en Croacia), la única salida al mar de la nación magiar que –aunque pueda parecer paradójico– fue gobernada con mano férrea, durante aquellos años, entre 1920 y 1944, por un almirante como Miklós Horthy, edecán del emperador Francisco José. En realidad, las dificultades en el transporte ferroviario perduraron después de la Segunda Guerra Mundial, lo cual complicó las conexiones entre las dos Europas, la Occidental y la del Este, terminología no siempre del agrado de Otto de Habsburgo –hijo de Carlos IV de Hungría, aspirante sin éxito a la monarquía magiar en 1921– que prefería la expresión de *Mittleuropa*. «En 1911, el trayecto de Viena a Lemberg, en Galitzia, duraba nueve horas en tren. Cuarenta años más tarde, y a pesar de los progresos tecnológicos, se tardaba 24 horas, sin contar el tiempo necesario para visados.» (Otto de Habsburgo, 2011, p. 17).

En este contexto, no carece de interés señalar que Friedrich Torberg, que se hallaba en Praga, observase que el día de la anexión de Austria, el 12 de marzo de 1938, no llegó ningún viajero en el tren nocturno que partió de Viena con destino a la capital checa, con lo que los fugitivos del nazismo no pudieron huir al extranjero (Torberg, 2016, p. 349). También Gregor von Rezzori ha recreado en sus *Memorias de un antisemita* lo que se vivió en Viena en aquella jornada particular: «Todo buen austríaco estaba a favor de la anexión» (Rezzori, 2014, p. 285). Sobre este punto, resulta bien significativo que los nazis aplicaron a la anexión el calificativo de «Operación Otto», en referencia a Otto de Habsburgo, hijo de Carlos IV, el último emperador del Imperio austrohúngaro, que fue beatificado en 2004 y que siempre se manifestó contrario al nazismo (Pérez-Maura en Otto de Habsburgo, 2011, p. 12). Está claro que en aquel momento –situados en el mes de marzo de 1938– las más oscuras tinieblas se cernían sobre Europa, como vio Márai desde Budapest o Torberg desde Praga. Este cúmulo de factores precipitó la bancarrota de aquella *Mittleuropa* que ha sido idealizada como un mundo de cultura y civilidad por más de un crítico como Magris y que, a su vez, fue reivindicada desde una perspectiva política por Otto de Habsburgo, que dirigió durante treinta años la Unión Paneuropea que el conde Richard de Coudenhove-Kalergi había impulsado en 1922 (Otto de Habsburgo, p. 254). Visto en perspectiva, todo parece indicar que el ideal europeo bebe también del ideal pandanubiano que Otto de Habsburgo –entre otros– defendió hasta el fin de sus días y que encuentra, en la figura revolucionaria del húngaro Lajos Kossuth, un ilustre precedente al combinar la magiarización con el ideal danubiano.

En cualquier caso, queda claro que Hungría ocupa un lugar estratégico en Europa, de modo que su posición geográfica hizo decantar la balanza del gobierno del lado alemán. Así, el 3 de abril de 1941, Pál Teleki –el primer ministro de Hungría– con claras convicciones antisemitas se suicidó –aspecto que todavía se discute– para no claudicar ante los alemanes que arrastraron a Hungría en sus ambiciones bélicas contra Yugoslavia. En efecto, las tropas húngaras participaron junto a la *Wehrmacht* desde el año 1941, lo cual generó un cansancio por el desgaste bélico entre la población magiar. En realidad, muchos oficiales y soldados húngaros desertaron cuando llegó la hora de la batalla final, a fines de 1944, cuando el Ejército Rojo penetró en Hungría y el regente Miklós Horthy buscó la paz con los aliados, en unas jornadas trágicas que acabaron con el golpe de estado del Partido de la Cruz y la Flecha del 16 de octubre de 1944.

Según Márai, fue en aquellos meses del año 1944, desde la noche del 18 al 19 de marzo cuando los nazis invadieron el país magiar, un hecho que recordaba la anexión austríaca del 12 de marzo de 1938, cuando se consumó el ocaso de Hungría. Si en 1938, el conflicto armado se atisbaba, pero no había estallado todavía, en 1944 la guerra ya era total, según había declarado Goebbels en el discurso pronunciado en el Palacio de los Deportes de Berlín el 18 de febrero de 1943, cuando el movimiento de la Rosa Blanca liderado por Sophie Schöll estaba a punto de ser decapitado. Un año después, en la noche del 18 al 19 de marzo de 1944, se fraguó según Márai la «desaparición completa y la aniquilación total de una forma de vida» (Márai, 2016c, p. 13), esto es, una cosmovisión del mundo y de las cosas que giraban en torno a la cultura y, por ende, al cuidado del alma, una aspiración inequívocamente humanista y, por ende, burguesa.

En definitiva, una de las constantes del pensamiento de Alfred Rosenberg –ministro del Reich para los territorios del Este ocupados desde 1941, poco antes de la operación Barbarroja lanzada contra la URSS el 22 de junio de aquel año– radica en su oposición a la cosmovisión burguesa-liberal, con su pretendida debilidad humanista y egoísmo capitalista alentado por el judaísmo internacional, y a la cosmovisión comunista-materialista, de modo que la doctrina nacional-socialista aparecía como una visión que había de imponerse en el mundo, incluso con el soporte militar. Con este trasfondo ideológico, la Segunda Guerra Mundial fue una lucha de cosmovisiones, en concreto de tres visiones del mundo, la liberal-burguesa, la nacional-socialista y la comunista. Buena parte de Europa, como testimonia el caso de Hungría, vio desaparecer la primera de ellas, la concepción liberal-burguesa que, de una manera u otra, había

presidido la historia magiar desde 1867 hasta 1944, cuando el país magiar cayó en manos del nazismo del III Reich (con la connivencia y colaboración del Partido de la Cruz y la Flecha) para quedar supe-
ditado a partir de 1947 al dominio comunista.

No nos cansaremos de repetirlo: la barbarie de la guerra, el enfrentamiento germano-soviético, acabó con la tradición liberal que la burguesía húngara defendía, como mínimo desde 1867. Aquello supuso la bancarrota de un universo, de una cosmovisión, de una manera de entender la vida: el amor a los libros, la afición a la lectura, la pasión por «empalabrar» un pensamiento a través de la literatura y el deseo de civilizar la condición humana a través de la cultura. Por todo ello, resulta lógico que, frente a la barbarie de la invasión de las tropas alemanas, Márai buscara refugio en su biblioteca que en aquel tiempo –la noche del 18 al 19 de marzo de 1944– continuaba intacta, con sus seis mil «volúmenes reunidos en mis andanzas por el mundo». A renglón seguido, y haciéndose eco de lo vivido en aquellas lúgubres horas nocturnas que no presagiaban nada positivo, Márai escribió en *¡Tierra, tierra!* lo siguiente:

«Me fijé en el ejemplar de Marco Aurelio que había comprado a un librero de segunda mano a orillas del Sena, en las *Conversaciones con Goethe* de Eckermann, en una antigua edición de una Biblia en húngaro. Seis mil volúmenes. Desde las paredes me contemplaban los retratos de mi padre, mi abuelo y otros parientes muertos.» (Márai, 2016c, p. 16).

De estas palabras de Márai se desprenden, no solo cuáles eran sus tres títulos preferidos –un autor estoico latino, el clásico por antonomasia del neohumanismo alemán y la Biblia– que sintetizan el itinerario de la cultura occidental, amén de la presencia de la tradición familiar que, procedente de Alemania, se había afincado en Hungría a la vez que asumía el proceso de magiarización. A este respecto, y con independencia del caso de Márai, podemos añadir que Hungría estimaba los libros no solo propios, los escritos en húngaro, sino también las traducciones de los clásicos universales a la lengua magiar que solo conocen diez millones de personas pero que, por su vocación de pertenecer a la tradición occidental, garantizan desde el punto de vista intelectual una vida plena (Márai, 2016c, p. 311). Por consiguiente, en el universo mental de Márai –y de la misma manera que acontece con su vocación burguesa– Europa constituye un proyecto cultural que se manifiesta en una conciencia que deriva de su misma historia y tradición, porque «una Europa

económicamente unida, sin conciencia de su misión, no puede convertirse en una potencia mundial como lo fue durante siglos, cuando sí creía en sí misma y en su tarea» (Márai, 2016c, p. 307). Una conciencia que se dibuja en la matriz que trazan aquellas tres obras elegidas de su biblioteca: la Biblia, o gran narrativa semita y cristiana, que llevaba consigo en sus viajes; la filosofía helenista representada por Marco Aurelio y la síntesis del neohumanismo moderno (herencia del clásico y del renacentista) que simboliza el Goethe de Weimar que conversa amablemente con Eckermann. «Uno pertenece a una familia espiritual, y en la jerarquía de ese árbol genealógico está Goethe como padre primigenio de todos, de los demás miembros de la familia, de nuestros hermanos y tíos espirituales» (Márai, 2016a, p. 344). En rigor, Europa constituye, a los ojos de Márai, una historia espiritual cuyos momentos estelares pueden simbolizarse en estos tres jalones que hallan su piedra de toque en la Biblia, en el helenismo y en el humanismo.

La palabra después de la barbarie

288

Como hemos visto, la burguesía había alentado un clima intelectual que confiaba en la cultura que dio sentido a Europa desde los tiempos de la Ilustración. Tal estado de ánimo se personificó en la figura de Goethe, con el antecedente de Schiller, en quien los lectores veían «al precursor del liberalismo, al revolucionario» (Márai, 2016a, p. 47). Por contra, entre 1938 y 1948, se consumó la derrota de aquella generación, culta y moderna, liberal y civilizada, eminentemente burguesa, que había cultivado la llama espiritual de la tradición cultural europea, enraizada en los valores del humanismo renacentista, que claudicó ante la barbarie del nazismo y del comunismo. «En esos diez años desapareció también toda una forma de vida y toda una cultura», declara de manera contundente Márai en las primeras páginas de *Lo que no quise decir*, una idea-fuerza que encontramos en otras páginas de sus libros (Márai, 2016b, p. 10).

Ni que decir tiene que la aniquilación de esta forma de vida que caracteriza la civilización europea implicó un desmoronamiento de la moral de los intelectuales, inmersos en una profunda crisis e incapaces de rectificar el rumbo de los acontecimientos. «Los escritores expresaban cada vez con más fuerza y genialidad el hecho de no tener fuerza, de haber fracasado.» (Márai, 2016a, p. 411). De alguna manera, Márai llama la atención sobre esta deserción, de esta traición de la intelectualidad húngara, que no supo estar a la altura de las circunstancias. «Los literatos habían malgastado la herencia histó-

rica de los enciclopedistas, la autoridad de la palabra escrita para cambiar la sociedad. La literatura había perdido su credibilidad moral» (Márai, 2016a, p. 411).

Sin lugar a dudas, este proceso de decadencia se había gestado durante el período anterior, en la época de entreguerras, cuando Márai –formado según los patrones de la *Bildung* centroeuropea, espíritu viajero y curioso, dedicado al periodismo ya que había colaborado en el *Frankfurter Zeitung*, «diario de altísimo nivel y espíritu verdaderamente europeo» (Márai, 2016a, p. 279)– constató que en los años de crisis que siguieron a la Gran Guerra (con la firma de los tratados de paz de Versalles en 1919 y de Trianón en 1920) peligraba la cosmovisión burguesa, basada en el cultivo de la cultura y del espíritu, «que deseaba celebrar el triunfo de la razón por encima de los instintos y que creía en la fuerza y en la resistencia de la inteligencia y del espíritu» (Márai, 2016a, p. 472). No cabe sino señalar que la barbarie se impuso a la civilización y a la cultura, lo cual comportó la desaparición de un estilo de vida culto que la burguesía había hecho suyo en Europa, tal como se desprende de las obras de escritores de la talla de Marcel Proust, Elias Canetti y André Maurois. «Sándor Márai es el novelista de la burguesía magiar, como Proust lo fue de la francesa», escribió Oliver Brachfeld (Márai, 1946, p. 14).

289

De tal suerte que Márai se convierte en una especie de notario o fedatario público de la historia europea, después de la caída del Imperio austrohúngaro. Quiérase o no, da la impresión de que, con la liquidación del Imperio austrohúngaro, se perdió la viabilidad de un proyecto político multinacional y federal que hubiese podido coadyuvar a la construcción de la identidad europea, en paralelo a la firma del eje franco-alemán que surgió después de la Segunda Guerra Mundial. Esta es, pues, la atmósfera que propició que Carlos de Habsburgo-Lorena –hijo de Otto de Habsburgo y nieto del último emperador, Carlos IV de Hungría– remarcase la triple filiación griega, romana y cristiana de Europa, representada por tres colinas, a saber, la Acrópolis de Atenas, la Capitolina de Roma y el Gólgota de Jerusalén. De ahí que la «idea imperial», en sentido abierto, plural y tolerante de la monarquía austro-húngara, aparezca como la condición de posibilidad de la nueva Europa. «No solo porque no considera la nación como factor determinante del poder del Estado (sino precisamente la diversidad como elemento conciliador de una idea común), sino también porque reconoce un sistema de múltiples soberanías» (Carlos de Habsburgo-Lorena en Otto de Habsburgo, p. 257).

En fin, Márai dejó constancia de la visión burguesa del mundo, emparentada con el humanismo liberal, un fenómeno no solo cen-

troeuropeo sino también continental que se gestó al socaire de los vientos del Humanismo renacentista. No en balde, en la capital de la Toscana, Márai quedó impresionado por la belleza, hasta el punto de que «en Florencia empecé a vivir en un éxtasis conmovedor» (Márai, 2016a, p. 368). En suma, Márai –que vivió en Berlín los años ajetreados de la República de Weimar– sale en defensa de la burguesía culta, que gustaba de la formación (*Bildung*), gracias al trato con las artes y las ciencias, a los viajes de aprendizaje, en un todo que deseaba –como buen burgués– transformar Hungría para sacarla de la postración feudal y convertirla en una especie de provincia pedagógica. De tal guisa que Budapest había de asemejarse a Weimar, en una visión que combina el sentimiento magiar, la dimensión humanista de Goethe y la vocación europea de Hungría que quedaba así ligada a Occidente. De alguna manera, aquella burguesía se constituyó como un elemento civilizador de primera magnitud, que rompía con la inanidad cultural de la nobleza, a la vez que defendía un modelo de sociedad liberal que, a pesar de todo, sucumbió ante el nazismo y el bolchevismo.

Es obvio que Márai confía en la fuerza de la palabra –«Creo que el mundo no solo es materia y que el espíritu no solo es una consecuencia química o eléctrica de la materia. Creo que “al principio era el Verbo” y que “el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”», declara sin ambages en *Lo que no quise decir* (p. 11). Por tanto, Márai recurre a la fuerza de la palabra para dejar constancia del significado de la vieja Europa, que en su opinión no desapareció en 1918 –cuando la *Belle Époque* dio sus últimos coletazos– sino que se prolongó hasta 1938, cuando sucumbió con la anexión de Austria por parte del III Reich. A buen seguro que Márai confía en la fuerza de la palabra, como último recurso para denunciar –de acuerdo con la fuerza del Logos– la barbarie. Su mundo no se basa en los números, ni en una visión físico-matemática de las cosas, «porque la tecnología empieza con los números árabes» (Márai, 2005, p. 391).

Desde luego, Márai es consciente de que vivimos –como bien señalan los pensadores hermenéuticos como el profesor Octavi Fullat– en un mundo empalabrado, a pesar de que algunos autores como Joseph Roth dudaron de la viabilidad de la palabra. No en balde, Roth escribió el 9 de octubre de 1933 a Stefan Zweig lo siguiente: «La palabra ha muerto, los hombres ladran. La palabra no tiene ya ningún significado, es decir, ninguno actual» (Roth y Zweig, 2014, p. 112). Bien mirado, las cosas empeoraron después de la barbarie de 1945, cuando la palabra había sido manipulada por el totalitarismo de ambos bandos, del nazismo y del comunismo. Aquellos años

de barbarie comportaron la miseria de Europa, que acabó transformándose en una especie de mentira generalizada, desde el momento que –eliminada la libertad– la palabra perdía toda su fuerza originaria, la que surge con nitidez del evangelio joánico. Mientras la libertad en manos de la burguesía hizo posible que la lengua húngara –«yo creo que de todos los escritores europeos los húngaros eran los lectores más aplicados» (Márai, 2016c, p. 140)– sirviese de palanca para construir un país, después de 1945, la palabra había quedado contaminada y adulterada.

«Occidente ha mentido con la palabra hablada y con la palabra escrita; ha mentido hasta con la música, al arrebatarle la melodía y la armonía para sustituirlas por unos histéricos aullidos convulsos y epilépticos» (Márai, 2016c, p. 310).

Ante el espectáculo de una Europa que renunció a sus ideales después del fraude que representaron los sistemas de los nazis y de los soviéticos, Márai optó por mantener viva su independencia intelectual y espiritual y así, no sin dificultades, pudo marchar al exilio en 1948. En fin, Márai antepuso la libertad de conciencia al embuste y al engaño, con la intención de que la palabra fuese siempre auténtica, una palabra viva sin renunciadas y componendas. Por estas razones, Márai se opuso con la fuerza de la palabra y de la literatura a la sinrazón de la barbarie, ya fuese la arbitrariedad del totalitarismo nazi o la manipulación ideológica comunista en que «todo se podía comprender a través de la ideología marxista» (Márai, 2016c, p. 258). Naturalmente, Márai tampoco se muestra satisfecho con el consumismo americano, con su cultura al servicio del hombre-masa, que busca el consumo y la diversión al margen del esfuerzo.

«La civilización comercializada e industrializada exige, en Occidente, un producto de masas que satisfaga sus gustos, mientras que en el Este de Europa solo se aceptan las obras politizadas, patentadas y medidas según la ideología reinante» (Márai, 2016c, p. 151).

Frente a estos atropellos, solo queda una solución, el recurso de la palabra, de la denuncia a través de la escritura. En las últimas páginas de *La mujer justa*, Márai desarrolla esta idea de la palabra como mecanismo de resistencia, aspecto que puede vincularse a la estética de la resistencia de Peter Weiss porque en su visión del mundo el ser humano, en cuanto *homo loquens*, también deviene un ser estético.

Dicho en otras palabras, frente a la barbarie solo queda la fuerza de la palabra, del logos, que actúa no solo como acto de denuncia sino también de resistencia, a la vez que se canaliza como una salida a la dicotomía entre la razón teórico-mecánica y la razón política-totalitaria. Y aunque un personaje de *La mujer justa* «ya no creía en las palabras... pero seguía amándolas», de la misma manera Márai escribió hasta 1948 en su patria húngara, y después hasta su muerte en el exilio, en un itinerario que también siguió Lajos Zilahy.

Es hora de recapitular y recordar que desde aquel aciago 12 de marzo de 1938, Europa dejó de ser lo que había sido, lo cual generó en Europa Central un conflicto que se agudizó con la entrada de las tropas del Ejército Rojo cuando liberaron los territorios ocupados por los nazis. Una liberación –título de la narración que cuenta la entrada de las tropas soviéticas a Budapest, defendida por las cruces flechadas, lo cual obligó a una lucha dramática casa por casa– que se convirtió en un nuevo oprobio. En *Liberación*, Márai narra el asedio de Budapest, una ciudad de un millón y medio de personas. «Porque aún ayer existía un mundo al que se pertenecía. Y había además un continente, ahora en peligro, con catedrales, hogares y casas, viaductos, paisajes, música de Bach y libros, Europa...» (Márai, 2013, p. 65). En definitiva, una liberación que, poco tiempo después, se convirtió en una opresión que en 1956 hizo saltar en las calles de Budapest una revolución que los tanques soviéticos acallaron sin piedad.

Con el trasfondo de la paz soviética, se consumó en Hungría, como en el resto de países del Telón de acero, la muerte definitiva de la Europa ilustrada, de la mentalidad burguesa culta y civilizada, conformada según un ideario presidido por el humanismo y el liberalismo, lo cual obligó a Márai –después de la destrucción europea que se produjo entre 1938 y 1948, pero cuya gestación se encuentra *in nuce* durante el período de entreguerras– a seguir la vía del exilio en 1948. Mientras tanto, Hungría vivió jornadas de ilusión y esperanza como la del año 1956, cuando el cardenal Mindszenty se convirtió en el abanderado de la libertad, después de haberse opuesto anteriormente a la nacionalización de las escuelas católicas en 1948. «La nueva ley nacionalizaba 4.885 escuelas, de las cuales 3.148 eran propiedad de la Iglesia católica» (Cardenal Mindszenty, 1989, p. 151).

He ahí, pues, la paradoja: un intelectual europeo como Sándor Márai, defensor de los valores y de la tradición humanística continental, se vio obligado a refugiarse en los Estados Unidos que –después de la victoria aliada de 1945 y tal como vaticinó John Dewey en su autobiografía– pensaban que Europa había de ser una simple

provincia de aquella nación surgida con la declaración de independencia del 4 de julio de 1776 que, entre otras cosas, prometía la búsqueda de la felicidad para el ser humano. Mientras tanto, y una vez desaparecido el ideal de la vieja Europa culta y civilizada, hubo que volver a poner los fundamentos de Europa, sobre una base económica de una comunidad del carbón y del acero y el entendimiento entre Adenauer y De Gaulle, que –a grandes rasgos– también recelaban, como Márai, de la Unión Soviética, una visión moderna y materialista del mundo y de las cosas que naufragó en 1989, con la caída del muro de Berlín, aquella imagen televisiva que Márai no pudo ver.

Bibliografía

- ANÓNIMA (Marta Hillers) (2006). *Una mujer en Berlín*. Introducción de Hans Enzensberger. Barcelona: Anagrama.
- AREILZA, J. M^a. (1998). *París de la Belle Époque*. Barcelona: Planeta.
- CASALS, J. (2003). *Afinidades vienesas. Sujeto, lenguaje, arte*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- COUDENHOVE-KALERGI, R. N. (2010). *Paneuropa*. Madrid: Encuentro.
- FETJÓ, F. (2016). *Réquiem por un imperio difunto. Historia de la destrucción de Austria-Hungría*. Madrid: Encuentro.
- FULLAT, O. (2005). *Valores y narrativa. Axiología educativa de Occidente*. Barcelona: Publicacions i edicions de la Universitat de Barcelona.
- (2016). *Impertinentes. El desgarrar de pensar*. Barcelona: Edicions de la Universitat de Barcelona.
- HABSBURGO, O. de (2011). *El camino de Europa*. Prólogo de Ramón Pérez-Maura. Epílogo de Carlos de Habsburgo-Lorena. Madrid: Encuentro.
- HOLLANDER-LAFON, M. (2017). *Cuatro mendrugos de pan. De las tinieblas a la alegría*. «Nota histórica» de Nathalie Caillibot y Régis Cadiet. Cáceres: Periférica.
- JOHNSON, P. (2003). *La historia de los judíos*. Barcelona: Vergara.
- JOHNSTON, W. M. (2009). *El genio austrohúngaro. Historia social e intelectual (1848-1938)*. Oviedo: Krk Ediciones.
- KAHLER, E. (1977) *Los alemanes*. México: Fondo de Cultura Económica.
- KERTÉSZ, I. (2001). *Sin destino*. Barcelona: Acantilado.
- (2005). *Jo, un altre*. Barcelona: Quaderns Crema.
- KONRÁD, G. (2010). *Viaje de ida y vuelta. Novela autobiográfica*. Madrid: Alianza Editorial.
- MAGRIS, C. (2009). *El Danubi*. Barcelona: Edicions de 1984.

- MÁRAI, S. (1946). *A la luz de los candelabros*. Traducción y prólogo de F. Oliver Brachfeld. Barcelona: Ediciones Destino.
- (1999). *El último encuentro*. Barcelona: Emecé (5ª ed. 2000, 1ª ed. 1999).
- (2005). *La mujer justa*. Barcelona: Salamandra (3ª ed., mayo 2005, 1ª ed., marzo 2005).
- (2009). *Los rebeldes*. Barcelona: Salamandra (1ª ed.)
- (2011). *Divorcio en Buda*. Barcelona: Salamandra (1ª ed.)
- (2012). *La herencia de Eszter*. Barcelona: Salamandra (19ª ed., 1ª ed., noviembre 2000).
- (2013). *Liberación*. Barcelona: Salamandra (5ª ed.)
- (2014). *La gaviota*. Barcelona: Salamandra (1ª ed.)
- (2015). *La extraña*. Barcelona: Salamandra (1ª ed.)
- (2016a). *Confesiones de un burgués*. Barcelona: Salamandra (12ª ed.).
- (2016b). *Lo que no quise decir*. Barcelona: Salamandra (1ª ed.).
- (2016c). *¡Tierra, tierra!* Barcelona: Salamandra (6 ed., 1ª ed. 2006).
- MINDSZENTY, J. (1989). *Memorias*. Barcelona: Luis de Caralt (8ª ed. ampliada)
- MISLOSZ, C. (2005). *Otra Europa*. Barcelona: Tusquets.
- MORAZÉ, C. (1965). *El apogeo de la burguesía*. Barcelona: Labor.
- MÓRICZ, Z. (2016). *Sé bueno hasta la muerte*. Barcelona: Acantilado.
- POLCZ, A. (2015). *Una mujer en el frente*. Cáceres: Periférica.
- REZZORI, G. von (2014). *Memorias de un antisemita*. Barcelona: Anagrama.
- ROSENBERG, A. (2015). *Diarios, 1934-1944*. Edición a cargo de Jürgen Matthäus y Frank Bajohr. Barcelona: Crítica.
- ROTH, J. (2008). *Judíos errantes*. Barcelona: Acantilado
- (2010). *Primavera de café. Un libro de lecturas vienesas*. Barcelona: Acantilado.
- ROTH, J.; ZWEIG, S. (2014). *Ser amigo mío es funesto. Correspondencia (1927-1938)*. Epílogo de Heinz Lunzer. Barcelona: Acantilado.
- SALA ROSE, R. (2007). *El misterioso caso de las letras alemanas*. Barcelona: Alba editorial.
- SOMBART, W. (1972). *El burgués. Contribución a la historia espiritual del hombre económico moderno*. Madrid: Alianza.
- TOTH, T. (sin año). *El joven de porvenir*. Madrid: Sociedad de Educación Atenas.
- TORBERG, F. (2016). *El alumno Gerber*. Barcelona: Acantilado.
- WAAL, E. de (2012). *La liebre con ojos de ámbar: una herencia oculta*. Barcelona: Acantilado.
- (2016). *L'or blanc*. Barcelona: Edicions 62.

- ZILAHY, L. (1945). *La vida de un escritor*. Biografía y autobiografía comentadas por F. Oliver Brachfeld. Barcelona: Editorial Lara, 1945.
- (1965). *Novelas. I*. Presentación «Lajos Zilahy, escritor húngaro y universal». Barcelona: Plaza & Janés (3ª ed.).
- (2010). *El alma se extingue*. Madrid: Editorial Funambulista.
- (2011). *El ángel del odio*. Madrid: Editorial Funambulista.
- ZWEIG, S. (2001). *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. Barcelona: Acantilado.
- (2017). *La desintoxicación moral de Europa y otros escritos políticos*. Traducción y nota introductoria de José Aníbal Campos. Barcelona: Plataforma Editorial.

Conrad Vilanou Torrano
Universitat de Barcelona
cvilanou@ub.edu

Raquel Cercós i Raichs
Universitat de Barcelona
rcercos@ub.edu

Raquel de la Arada Acebes
Universitat de Barcelona
rdelaarada@ub.edu

[Artículo aprobado para su publicación en febrero de 2018]